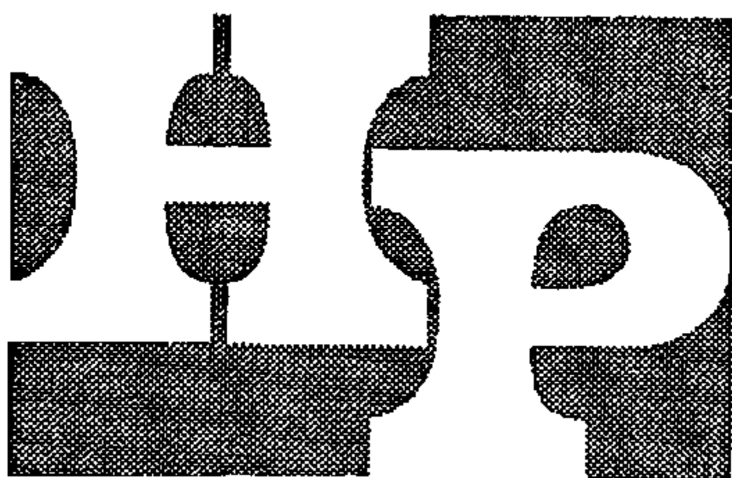
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

LA LLANURA MUERTA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA LLANURA MUERTA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 31
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 24376-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: agosto, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—Todo esto es el inmenso Oeste Central —dijo el hombre de la barba blanca, mientras escrutaba con sus ojillos el paisaje—. Aquí está el verdadero porvenir de los Estados Unidos, aquí están su grandeza y su gloria. El día que estos campos produzcan, nos habremos convertido en una de las naciones más importantes de la tierra. Ahora todo es soledad, abandono y muerte, pero algún día… Algún día…

Lorena entornó los ojos.

Pensó maquinalmente: «Sí, algún día…».

El hombre de la barba blanca llevaba horas y horas hablando, mientras la diligencia surcaba a gran velocidad los campos lisos como la palma de la mano, al fondo de los cuales se divisaban unas montañas cenicientas que nunca conseguían alcanzar. Hablaba del porvenir, de lo que serían los Estados centrales cuando la mano del hombre los hubiera colonizado por completo. Pero ella no veía más que pequeños ranchos diseminados, donde hasta los chiquillos llevaban armas; rebaños escuálidos y diezmados por los cuatreros y mujeres reventadas de tanto trabajar.

Lorena ya había dado nombre a aquel país. Lo llamaría «La llanura muerta».

El viejo de la barba blanca, viendo que era la única persona de la diligencia que no le prestaba atención, volvió los ojos hacia ella y preguntó:

—Usted no conoce este país, ¿verdad?

—Se equivoca; lo conozco en cierto modo.

—¿Sí?

—Nací aquí.

El viejo bizqueó y señaló las ropas elegantes de Lorena, muy

distintas de las que usaban las mujeres de la comarca.

—¿Nació aquí? Pues no lo parece.

—He pasado toda mi vida en Nueva York.

—¡Ah, ya…!

—Estuve estudiando.

—¿Y qué estudiaba, señorita?

—Arte.

El de la barba arqueó las cejas.

—¿Arte? ¿Qué es eso?

—Pintura y escultura, y cosas por el estilo.

—¡Ah, vaya…! Tonterías.

—Sí, en efecto; tonterías —dijo amargamente Lorena.

—Adivino que le van a servir de bien poco.

—Hubieran podido servirme de algo dentro de unos pocos años. Cuando empezaba a hacerme un nombre en Nueva York, mis familiares me han hecho llamar.

Guardó luego un silencio obstinado, mientras contemplaba los campos. La verdad era que aquello había cambiado muy poco desde que ella salió. Todo seguía teniendo el mismo aire agreste, salvaje, interminable. Era una llanura tan inmensa que Lorena sentía a veces deseos de ponerse a gritar, enloquecida, creyendo que no terminaría nunca, pensando que tal vez era el mismo paisaje, siempre repetido, el que pasaba ante sus ojos.

El hombre insistió:

—¿Cuánto hace que salió de aquí, señorita?

—Doce años.

—¡Caray! Entonces debía ser una niña…

—Lo era.

—¿Y no ha vuelto en todo ese tiempo?

—No.

—¿Por qué?

—Asuntos de familia.

La chica volvió a sumirse en su obstinado silencio. Notaba que los otros pasajeros, todos ellos hombres, la miraban a hurtadillas, sobre todo cuando, al cambiar de postura, destacaban más las curvas de su cuerpo.

—La Ley ya ha empezado a imponerse aquí —seguía perorando el hombre de la barba blanca—. Esto ha cambiado mucho. Ahora se

puede viajar con relativa seguri…

No terminó la palabra, porque en aquel momento una bala atravesó el techo de la diligencia.

Oyeron el grito del mayoral, que sin duda había sido herido por el mismo proyectil, y acto seguido los caballos aceleraron el galope, pero tan desordenadamente que el coche empezó a traquetear.

Uno de los viajeros gritó:

—¡A tierra!

Todos se encogieron lo mejor que les fue posible, casi amontonándose en el vehículo, mientras dos nuevas balas atravesaban las ventanillas. El galope de los caballos se hizo más desordenado aún.

Lorena lanzó un grito cuando el cuerpo del mayoral, al caer del carruaje, chocó con la portezuela, produciendo un ruido sordo que se prolongó con un alarido de muerte.

Alguien frenó los caballos, haciendo que el carruaje diera dos bandazos y estuviese a punto de rodar por tierra.

De repente la puerta se abrió.

Un hombre que llevaba el rostro casi enteramente cubierto por un pañuelo rojo apareció enmarcado en el hueco. En su derecha brillaba un «Colt» calibre pesado.

—¡Pronto! ¡Todos abajo!

La sensación de silencio se había hecho agobiante cuando todos levantaron la cabeza. Fue entonces cuando se dieron cuenta, casi con estupor, de que la diligencia estaba detenida en mitad de la llanura, flotando entre una nube de polvo amarillo.

Fue Lorena la primera en fijarse atentamente en aquel hombre.

Era alto, delgado y fuerte. Sus hombros cuadrados destacaban reciamente en una camisa muy ajustada, color *beige*. Llevaba dos revólveres, y las fundas de ambos estaban sujetas a los muslos por sendas correíllas. Lorena había oído hablar de que los pistoleros profesionales llevaban las fundas así, pero era la primera vez que lo veía por sí misma.

El pañuelo rojo sólo dejaba al descubierto los ojos, unos ojos negros y llameantes que la miraban con fijeza.

—Usted primero, muñeca —dijo el hombre.

—¿Y por qué yo he de ser la prim…?

No pudo terminar. Bruscamente, el del pañuelo rojo la sujetó

por una mano y tiró de ella. Lorena sintió que salía volando a través de la portezuela, y antes de tener tiempo para lanzar un grito, estaba ya rodando sobre el polvo de la llanura.

Se sentó en el suelo, sin darse cuenta de que ofrecía una notable exhibición de piernas, y empezó a gritar:

—¡Maldito! ¡Cerdo! ¡Tunante! ¡Canalla!

Se dio entonces cuenta de que no estaba solo el hombre que acababa de sacarla tan finamente, sino que había dos más. Y los otros dos iban vestidos de un modo casi exactamente igual, hasta dar por un momento la sensación de que llevaban uniforme.

Quedó callada, aturdida, sin saber qué pensar.

Los demás viajeros habían empezado a descender también, en vista de que la situación no admitía bromas. Sólo el viejo de la barba blanca se resistió un momento, dando la sensación de que iba a sacar un arma.

El gesto duró poco.

Uno de los tres salteadores disparó una sola vez, fríamente, y le voló la cabeza.

Lorena quedó paralizada por el horror, cortada la respiración, sin lograr captar aún todas las tinieblas de aquel mundo que acababa de entrever.

Los pasajeros fueron alineados junto al carruaje. Los tres salteadores les encañonaron a una distancia de cinco pasos.

—Suelten todo lo de valor que lleven encima —ordenó el que acababa de sacar a Lorena.

—¿To… todo?

—Dinero y alhajas. Pero que nadie se pase de listo, a pesar de que estemos a cinco pasos. Luego haremos un registro general, y el que lleve algo encima será premiado con una bala.

—Nos quieren dar un margen de confianza, ¿eh? —musitó uno de los viajeros.

—Lo que no queremos es perder tiempo. ¡Hala! ¡Aligeren!

Todo el mundo empezó a desprenderse de sus objetos valiosos. Los relojes y las carteras pronto formaron una pequeña pila a los pies de los viajeros, pila que además se adornó con algunos anillos y medallones. Por las caras de los viajeros se adivinaba que éstos no habían intentado ocultar nada.

Luego uno de los salteadores se volvió hacia Lorena.

—¿Y tú?
—¿Yo, qué?
—Tus joyas.
—Ven a buscarlas, mamarracho.
El tipo se acercó parsimoniosamente, tranquilamente, mientras hacía oscilar sus caderas y procuraba que tintineasen sus espuelas.
Era un tipo achulado, sinuoso y fino, y sólo al ver sus ojos más de cerca, la muchacha tuvo un estremecimiento.
Se dio cuenta de que acababa de cometer una imprudencia, irritando a aquel hombre. Existían cosas muchísimo peores que perder las joyas y el dinero. Muchísimo peores.
El pistolero la sujetó por una pierna, haciendo una hábil finta para esquivar el puntapié de la muchacha.
El pistolero tenía una fuerza hercúlea, y la muchacha no lograba zafarse de la presa. Para que la cosa aún fuera más segura, el hombre pidió:
—¡Eh, ayudadme!
Otro de los hombres se acercó sin demasiada prisa, mientras el tercero vigilaba a los atónitos viajeros.
La sujetó de la otra pierna, y tiraron de ella hacia arriba, dejándola por completo cabeza abajo.
Naturalmente, todo lo que Lorena tenía debajo de la falda se hizo bien visible. Y aunque la indumentaria interior de una señorita fina de aquella época era bastante discreta, la exhibición —sobre todo a causa de las prendas semitransparentes— hizo que todos los viajeros abriesen unos ojos como platos de sopa.
Llegaron incluso a olvidarse de que estaban en peligro de muerte, contemplando las desesperadas contorsiones de la muchacha.
Una pequeña bolsita de monedas de oro que ésta llevaba en los senos, cayó. Su collar de perlas auténticas también salió desprendido.
Sólo entonces la soltaron. Lorena quedó sentada en el suelo, llorando de humillación, mientras con manos trémulas intentaba cubrir algunas partes de su cuerpo.
Sus tribulaciones, sin embargo, no habían terminado.
La mano de uno de los salteadores asió una cadena de oro que llevaba en el cuello y tiró de ella.

Pendiente de la cadena había un medallón al esmalte con una imagen de la Virgen. El pistolero quedó con ella entre las manos.

—Bonita joya —susurró.

—¡No puede quitármela!

—¿No? ¿Por qué no?

—¡Es el único regalo que conservo de los que me ha hecho mi madre!

—¿Es que tu madre está muerta?

—¡No!

—Pues entonces ya te hará otros, muñeca. Hala, ponte en pie. Si sigues con esas exhibiciones, puede que nos dé por pensar en otra cosa.

Ella se puso en pie de un solo brinco, estremeciéndose de horror.

Se daba cuenta de que si algo detenía a los pistoleros, era el hecho de que no les convenía quedarse demasiado tiempo.

Pero también podían cambiar de propósito.

Vio que el forajido guardaba el medallón, mientras sus compañeros recogían el resto de los «beneficios».

—No vale gran cosa —suplicó aún—. Le será difícil venderlo, y aun así le darán sólo un puñado de dólares por él. Sólo para mí tiene valor, compréndalo de una vez…

El forajido ni siquiera contestó.

Volvió despectivamente la espalda.

El segundo de ellos desenganchaba los caballos, mientras el tercero cacheaba a los viajeros.

Afortunadamente ninguno de ellos había ocultado nada. Lorena suspiró aliviada, como si fuese ella misma la que había corrido el peligro de muerte.

Los forajidos montaron a caballo y se llevaron todo el tiro de la diligencia. Uno de los despojados alzó los brazos.

—¡Mil diablos! ¿Es que van a dejarnos aquí, en mitad de la llanura? ¿No se dan cuenta de que dentro de una semana habremos reventado de hambre?

Los forajidos seguían con los rostros cubiertos, pero lanzaron al unísono una carcajada.

—¡Dentro de una semana ya vendremos a haceros otra visita, por si habéis conseguido más dinero! ¡Hasta la vista!

El grupo se alejó sin prisas. Durante largo rato aún fueron

visibles los tres, dada la longitud de la llanura. Por fin se convirtieron en tres puntos que la distancia se encargó de borrar.

Lorena cerró los ojos, mientras una lágrimas gruesas y candentes resbalaban por sus mejillas.

Nunca como en este momento había sentido con tanta intensidad que aquel país sólo podía llamarse «La llanura muerta».

CAPÍTULO II

Cuando llegó a la vista de la ciudad de Nueva Laramie, la muchacha tenía un color macilento y las ropas le venían anchas, señal de que había adelgazado varias libras.

Ella recordaba confusamente a Nueva Laramie como un villorrio que era poco más que una estación de diligencias, y ahora veía, con sorpresa, que sus recuerdos eran exactos. Es decir, Nueva Laramie no había cambiado apenas en doce o catorce años, todos los que ella llevaba fuera de aquel territorio. Contaba con un hotel, unas pocas casas de madera, silenciosas y tristes bajo la lluvia menuda, un campanario que avisaba las llegadas y las salidas, una casa de cambio, para los que deseasen canjear oro por billetes, y una taberna con un rótulo pintado en color rojo.

Lorena quedó atónita, mirando aquello, mientras por el cristal resbalaban las finas gotitas de lluvia.

—¿Está usted recordando todo lo que hemos vivido estos últimos días? —preguntó a su lado otro de los viajeros.

—Sí… Puede que sí. En realidad, no sé exactamente en qué pensaba.

—No hace aún una semana que nos asaltaron aquellos granujas y parece como si hubiera transcurrido un siglo, ¿verdad?

—Sí… Yo creo que he perdido la noción del tiempo.

—Si no llega a pasar por casualidad aquella otra diligencia, morimos todos de hambre.

—Fue providencial que hubieran adelantado aquel viaje. Normalmente hubiese tenido que pasar por allí tres días más tarde.

Lorena se llevó una mano a los ojos.

—No quiero ni pensar en ello.

—Pues piénselo y dé gracias a Dios. Las cosas aún pudieron

haber rodado muchísimo peor.

—Tiene razón, pero… No sé, estoy triste.

—Beba algo en la cantina. Le conviene.

Descendieron del vehículo, pues habían cambiado de caballos allí. La cantina estaba frecuentada casi exclusivamente por los viajeros de las diligencias, y como éstos no podían elegir, el dueño del local cuidaba muy poco el servicio. La sensación de tristeza que se tenía allí dentro era mucho más intensa que la que le acometía a uno en el exterior.

El viajero sugirió:

—Beba usted un poco de *whisky* puro. Le reanimará y hará desaparecer ese frío húmedo que le penetra a uno hasta los huesos. Estoy seguro de que luego verá las cosas con más optimismo.

Lo que en realidad consiguió el *whisky* puro fue que la muchacha se pusiese a toser como una condenada. Además, estaba demasiado débil para que el licor le sentase bien. Intentó sonreír.

—¿Se siente mejor? —preguntó su compañero.

—¿Yo? Bueno…, creo que sí.

—¿Otro trago?

—No, no gracias… Si bebo un poco más hago un agujero en el suelo.

—¿No van a venir a buscarla sus familiares?

—Supongo que sí. De un momento a otro.

—Pues lo lógico es que lo hagan en Nueva Laramie. Éste es el último punto de parada antes de salir del territorio. Más allá hay algunos trechos peligrosos, porque existen tribus indias que no están sometidas del todo. Usted no continúa, ¿verdad?

—No, no… En caso de que no vengan a buscarme, continuaré solamente unas diez millas más.

En aquel momento se abrió una de las puertas de la cantina, y un hombre alto, delgado y fuerte penetró en el local.

Iba vestido con pantalones grises bien cortados, levita negra y sombrero claro. Por debajo de los bordes de sus pantalones sobresalían dos botas bien lustradas. Parecía un auténtico caballero y su presencia allí resultaba muy extraña como hubiera resultado la de un *gun-man* de Texas en el Congreso de los Estados Unidos.

El recién llegado tenía una mirada gris, dura y penetrante, que dejó pasear por los rostros de todo los que se hallaban reunidos en el pequeño local.

Por fin los detuvo en Lorena, que era la única mujer que se encontraba allí en aquel momento.

Sus labios se entreabrieron en una sonrisa.

—Tú te llamas Lorena —susurró.

—Sí. Y tú…, tú eres…

—Tu hermano Jim.

Impulsivamente, la muchacha fue al encuentro de los brazos del hombre, que la encerró en ellos con fuerza, mientras la besaba en ambas mejillas. Con un sentimiento infantil, la muchacha estuvo a punto de echarse a llorar sobre el hombro del recién venido.

Éste le acarició los hombros suavemente, sin dejar de sonreír.

—Ya me han explicado lo que has tenido que sufrir antes de llegar aquí, chiquilla. Ha debido ser horrible…

—Creí que no vendríais a recibirme…

—Estoy aquí desde hace tres días. Cuando supe que tu diligencia había tenido un percance, no fui capaz de tomar ninguna decisión. No sabía si volver a casa o quedarme aquí esperando. Al fin me dije que de un modo u otro llegarías, y ya veo que acerté.

—Si no llega a ser porque la diligencia que nos ha traído adelantó el viaje, no sé qué hubiera ocurrido, Jim.

—¿Mataron a alguien aquellos granujas?

—A dos hombres.

Jim barbotó sordamente:

—¡Cuadrilla de cerdos! ¡Recua de canallas!

—Algún día los atraparán, Jim.

—No creo. En esta tierra no impera la Ley.

La miró más atentamente, separándola un poco de sí, y añadió:

—¿Te robaron mucho?

—Unos mil dólares en monedas de oro y la medalla que hace tiempo me envió mamá.

—Eso es lo más lamentable de todo —susurró Jim—. Los pequeños recuerdos de familia son los que ya no se pueden sustituir. Pero yo, en tu lugar, no pensaría demasiado en eso. Has salvado la piel, que es lo importante. Dentro de unos meses pensarás en ese atraco como el que piensa en una aventura más.

Sus finos y bien dibujados labios sonrieron de nuevo al decir:

—Pero… Pero yo tenía que haber empezado por decirte otra cosa. ¡Tenía que haberte dicho ya que estás endiabladamente guapa! No creo que haya en Colorado nadie que pueda presumir de una hermana tan despampanante como tú.

—Pues tú tampoco estás mal, Jim. Las mujeres no deben dejarte en paz un momento.

Jim hizo un gesto casi cómico.

—No creas que las mujeres abunden demasiado por aquí, Lorena. La mayor parte están casadas o comprometidas, y aunque por el territorio deambulan unos cuantos centenares de bailarinas, casi todas pasan de la treintena. No es agradable la vida aquí para un joven como yo, muchacha.

—¿Estudias?

—Sí, estudio ingeniería, pero voy algo retrasado. De vez en cuando hago un viaje a San Francisco para examinarme y luego regreso a enterrarme de nuevo aquí. Papá me necesita…

—¿Qué hace papá?

—Ya te explicaré.

Se había dado cuenta de que todos les miraban con curiosidad mezclada a un poco de envidia, pues aún seguía teniendo medio abrazada a la muchacha.

La soltó.

—Todos están invitados, señores —hizo un amplio ademán—. Jim Conway paga con mucho gusto todo lo que sean capaces de beber. La semana que viene me presentarás la nota, Conan.

El tal Conan debía ser el tabernero. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Todos los presentes se lanzaron como tigres sobre la barra, y la muchacha hizo un gesto de susto.

—Te va a salir muy caro el convite, Jim.

—No creas. El *whisky* que sirven aquí es infernal, y además a mí me hacen descuento. Con veinte dólares lo arreglo. ¿Vamos?

Los dos salieron, mientras en la pequeña cantina se organizaba un verdadero tumulto. Lorena vio que les aguardaba un pequeño coche cubierto cerca de la puerta. Jim subió al pescante y desde allí ayudó solícitamente a que Lorena se instalase.

—Casi no recuerdo a qué distancia de aquí está nuestra vieja

casa —susurró ella.

—Ocho millas. Has debido olvidarte de muchas cosas, ¿verdad?

—A ti no te recordaba.

—Es natural. Son demasiados años, y sobre todo hay que tener en cuenta que cuando te fuiste, eras una chiquilla. Yo tampoco te recordaba a ti.

—¿Y papá? ¿Cómo está papá?

—Como siempre… Es un viejo zorro de presa, ya lo sabes. No ha admitido jamás el hecho de que lo jubilasen. Ahora mismo, con eso de que la comarca está infectada de bandidos, él no hace más que escribir cartas al gobernador para que le nombren comisario especial. No hay quien pueda convencerle de que, a su edad, eso es una tontería.

—¿Y mamá? ¿Cómo está mamá?

Rodaban a poca velocidad por la llanura, dejando hondos surcos en el camino reblandecido por las copiosas lluvias. Lorena notó que Jim guardaba un obstinado silencio.

—Ya sabes que papá y mamá viven separados —dijo al cabo de un par de minutos.

—¿Pero cómo es posible vivir separados en una tierra como ésta, Jim? ¿Cómo lo consiguen, si ellos son casi los únicos habitantes de la comarca?

—Nada más fácil. En primer lugar, esto está relativamente poblado, y las distancias son enormes. Si una persona no quiere ver a otra, puede estar años sin echarle el ojo encima.

—¿Pero cómo viven papá y mamá?

—Papá en nuestra casa, donde hemos estado siempre. Mamá se marchó, ya lo sabes. Vive en un pequeño rancho a unas doce millas de distancia, sin que jamás ninguno de los dos haya vuelto a encontrarse.

—¿No es posible una reconciliación?

—Yo creo que no.

—¿Y si yo lo intentase? —ofreció Lorena, con la respiración anhelante.

Las facciones de Jim se endurecieron de pronto.

—No lo intentes, Lorena.

—¿Por qué no?

—Sólo sacarías disgustos. Yo he luchado durante años, y al fin

he tenido que renunciar, dándolo por inútil. Si vas a vivir un tiempo con nosotros, más vale que lo hagas en paz.

—Pero…

—Hablemos de otra cosa, muchacha.

Lorena se dio cuenta, con cierto secreto horror, de que la enemistad, la incomprensión y el odio anidaban en el seno de su propia familia, pero prefirió callar hasta conocer la situación por sí misma. Ya vería si le era posible hacer algo o no.

Rodaron en silencio o hablando de cosas indiferentes hasta llegar a las cercanías de la casa donde Lorena había nacido. A medida que se aproximaba a ella, la muchacha iba recordando más y más detalles que la retrotraían a los años luminosos de su infancia. Hasta entonces había tenido la sensación de que doce años eran un abismo, una eternidad, y ahora se daba cuenta de que ese tiempo no era nada para un paisaje. Los ranchos continuaban en su sitio y habían crecido bien poco. Los caminos perdidos en la llanura se conservaban intactos. Los escasos vaqueros que de vez en cuando se veían aquí y allá, parecían los mismos de doce años antes.

Sólo las armas habían cambiado mucho, pero no en vano había tenido lugar una guerra civil en aquellos doce años. Los revólveres eran distintos, los rifles no se parecían en nada a los de antes, y el modo de llevarlos los hombres tampoco recordaba al de otros tiempos.

Lorena preguntó al fin:

—¿Cómo marchan los negocios?

—Bien… No podemos quejamos. La tierra y el ganado rinden buenos beneficios, pero aquí toda la vida es todo igual… No sé si llegarás a darte cuenta de la falta de horizontes que uno tiene en un lugar como éste. Si yo pudiese ir también a Nueva York, lo haría.

—No creas que aquello es perfecto.

—Claro que no, pero… En fin, ¿para qué hablar?

Llegaban ya a la vista de los edificios del rancho. Lorena, al verlos de pronto tan cerca, tuvo la extraña sensación de que jamás había salido de allí. De que aquellos doce años de ausencia no habían transcurrido.

Todo estaba igual a como ella lo dejó. Los mismos edificios sombríos y tristes y la misma hiedra trepando por ellos. La misma sensación de humedad en las nubes y en el aire. Las mismas colinas

verdes en las que la llanura parecía terminarse.

—Todo está igual… —susurró.

—Sí, eso es lo que yo pienso —dijo Jim—. Fastidiosamente igual.

De pronto, al acercarse el carruaje más, la muchacha vio un numeroso grupo de hombres reunidos en el patio del edificio principal, ante la puerta, formando una especie de semicírculo.

Una especie de secreta ansiedad se desprendía de aquel grupo, cuyos miembros parecían esperar a la vez algo importante y macabro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lorena—. ¿Qué es ese grupo?

Jim ahogó un bostezo.

Explicó, sin dar importancia a la frase.

—Ah, tienes razón… ¿No te lo había explicado? Vamos a ahorcar a un hombre.

CAPÍTULO III

Lorena, inmovilizada por el estupor, amordazada por su propio espanto, asistía a aquel espectáculo increíble que se desarrollaba en el patio de su propia casa.

Un hombre alto y joven estaba quieto bajo una viga que sobresalía un poco de la pared, con las manos atadas a la espalda. No hablaba, y sólo su mirada de horror iba de un espectador a otro.

Una larga cuerda, con el lazo ya hecho, pendía de aquella viga.

Justo cuando la muchacha se apeaba del carruaje, dos hombres trajeron un robusto caballo conduciéndolo por la brida, y a la fuerza montaron al hombre sobre la silla. Otro movió el lazo hábilmente de modo que cayera sobre el cuello del condenado, quedando bien encajado en él.

Los ojos del hombre se posaron entonces en la muchacha, en el único rostro que le era factible ver. Una luz febril, de desesperación, se dibujó en ellos.

Pareció ir a decir algo, pero no pudo. Las palabras no brotaron de su garganta.

Lorena sentía que sus rodillas temblaban, sentía que iba a desmayarse, y tuvo que apoyarse en el brazo de su hermano para no caer.

—¿Por qué…? —Logró balbucir—. ¿Por qué matáis a ese hombre?

—Es uno de los que asaltaron tu diligencia. Ha sido juzgado legalmente por los vecinos del lugar, y condenado a la última pena. ¿No lo reconoces? ¿No lo has visto antes de ahora?

Lorena se estremeció. Todo su cuerpo palpitó de incertidumbre y de miedo, de los pies a la cabeza.

—Podría ser, pero…, pero… Aquéllos llevaban máscara.

No tuvo tiempo de decir más.

En aquel momento alguien dio un golpe a las ancas del caballo, y éste salió disparado hacia adelante.

El grito gutural del condenado resonó en el aire, se enroscó en él, pareció repercutir en cien ecos sobre la llanura inmensa.

Lorena sintió que sus rodillas temblaban, temblaban espasmódicamente.

Cuando su hermano quiso sujetarla, ya había caído a tierra sin exhalar un gemido.

CAPÍTULO IV

Notó que la reanimaban vertiendo en sus labios unas gotas de licor que quemaba como el fuego.

Tosió un par de veces y al fin abrió los ojos, mirando en torno suyo. Lanzó un grito ronco al darse cuenta de que el hombre a quien acababan de ejecutar aún estaba allí, tendido en el suelo, mientras los vecinos, entre los que figuraba su propio padre, charlaban amigablemente, dando al cadáver menos importancia que a un gato.

Lorena cerró los ojos. Fue Jim quien la sostuvo con fuerza, inclinándose para decirle suavemente al oído:

—Pero, Lorena…, ¿qué infiernos te pasa?

—Ese hombre…

—No des tanta importancia a una ejecución… Cosas así ocurren con frecuencia. ¿Es que aún no te has dado cuenta de que estás en el Oeste?

—No he podido evitarlo, Jim. ¡Es horrible!

—De acuerdo, una ejecución no tiene ninguna gracia; pero de algún modo hay que imponer la Ley.

—¿Había sido condenado legalmente?

—No tengas la menor duda. Yo no he asistido al juicio, claro, porque estaba esperándote a ti, pero todos los vecinos de esta comarca son honrados, y si lo han condenado ha sido con absoluta seguridad de que se trataba de uno de los culpables del asalto a la diligencia. Supe algo de esto mientras te aguardaba en Nueva Laramie.

La muchacha se llevó una mano a la garganta, que le dolía como si notara en su propio cuello el contacto de la cuerda.

—Pero… ha gritado de un modo tan raro…

Jim dirigió una mirada analítica al cadáver, que estaba a muy poca distancia.

—En eso tienes razón —dijo—; a mí también me había llamado la atención y me he fijado… Ese hombre, a causa de lo que sea, tenía cortada la lengua.

* * *

Lorena sintió de nuevo el horror como una cosa densa y amarga circulando por su sangre.

Se tambaleó de nuevo, y tuvo que ser ayudada por Jim. En aquel momento, viendo que ya había empezado a recuperarse, se acercó a su padre.

Hacía doce años que Lorena no lo veía, sin haber tenido otro contacto con él que sus cartas y sus envíos de dinero, y por tanto lo miró ahora como si fuera un extraño.

Su padre era un hombre alto, huesudo, de mirada dura y largos bigotes a los que el tiempo había ido volviendo de color blanco-amarillo. Vestía severamente, y a Lorena le recordó un cuadro que había visto pocos años atrás, en Nueva York.

Era un cuadro que se exhibía como propaganda en un discurso pidiendo al Gobierno que fuesen enviados comisarios especiales para imponer la Ley en los territorios del Oeste. Aquel cuadro quería representar al ideal de *sheriff* duro, típico, honrado e implacable; un hombre para quien nada tuviese importancia excepto la Ley; que no se detuviera nunca ni ante la vida ni ante la muerte. Pues bien, aquel hombre representado en el cuadro se parecía curiosamente a su padre, tal como ahora lo veía Lorena. Y su padre, en efecto, no había sido durante toda su vida más que un ciego e implacable defensor de la Ley. Después de jugarse la vida en cien ocasiones, no quería admitir aún que ya empezaba a ser viejo e incapaz para perseguir al galope a una cuadrilla de maleantes a través de la llanura. La mano con que acarició ahora los cabellos de su hija fue recia como la tapa de un ataúd.

—¿Qué tal, pequeña? ¿Qué es lo que te ha sucedido Lorena?

Ella le explicó, con las mejores palabras que supo encontrar, que le había parecido horrible la ejecución de aquel hombre.

—Sí, ya lo comprendo. Si llego a saber lo de tu llegada, aplazamos la ejecución, pero como no sabíamos en qué momento

preciso ibas a presentarte…

—¿Estáis seguros de que era culpable?

—Seguro. Llevaba objetos robados en la diligencia, y fue reconocido por dos de los viajeros.

—Pero no ha podido defenderse. Con la lengua cortada…

—Sus propios compañeros parece que le hicieron esa salvajada durante una riña por el reparto del botín. ¿Pero de qué estoy hablando? Tú misma debes reconocer a ese tipo. Tú ibas en la diligencia que esos granujas asaltaron.

—En aquel momento se cubrían la cara con pañuelos rojos.

Sí, claro… Otro detalle que no te he mencionado. Ese hombre llevaba también un pañuelo rojo en uno de sus bolsillos. Bueno, ¿para qué seguir?

—Desde luego —suspiró la muchacha—, podría ser uno de aquéllos, pero… ¡hay tantos hombres iguales!

Vio que el pequeño grupo se iba disolviendo. Algunos vecinos la miraban con curiosidad, porque seguramente no se acordaban de ella. Dos tipos jóvenes cargaron con el muerto, al cual transportaron hasta un carromato descubierto que sin duda llevarían luego al cementerio.

El macabro suceso había terminado como la cosa más rutinaria del mundo. Nadie dirigió una última mirada a la viga de la cual había colgado la cuerda. Acompañada por su padre y su hermano, la muchacha entró en la casa donde había nacido.

Allí se advertía en seguida el ambiente de riqueza, porque el rancho era próspero, pero al mismo tiempo una sensación infinitamente triste invadía al recién venido desde el momento en que ponía los pies en el umbral. Se notaba que allí faltaba una mujer joven. Además, por las ventanas no se veía más que una sola cosa: la llanura. Aquella visión quieta y siempre igual, llegaba a hacerse agobiante.

Ted, el padre de Lorena, dijo:

—Enterado de lo que había sucedido, te he hecho traer un poco de ropa desde Nueva Laramie. No sé si aquellos tipos también te robaron tu equipaje.

—No. Sólo las joyas, el dinero y el medallón de mamá.

Al mencionar la palabra «mamá», vio que las facciones de su padre se contraían un momento.

—Lo… lo siento —susurró Lorena.
—No tiene importancia.
—Pienso… ¿No hay posibilidad de que esta situación termine, papá?
—No hay posibilidad.
—Al menos me permitirás que vaya a verla.
—No puedo impedírtelo. Cuando hayas descansado, dentro de tres o cuatro días, vas a su rancho. Pero prométeme que no le harás caso si te pide que te quedes con ella, aunque dudo que te lo pida.
—No me quedaré con ella; te lo prometo.
—Está bien. Ahora puedes subir a tu habitación, Lorena. Es la misma que tenías en otro tiempo, aunque no sé si la recordarás.
—Creo que no.
Sin embargo, la muchacha la recordó al verla. La habitación había sido decorada de nuevo, y era la más agradable de la casa. Lo único agobiante era que desde las ventanas se divisaba también, exclusivamente, la llanura infinita.
Una sirvienta de media edad se presentó para decirle que estaba a su disposición. Era una mujer amable y sencilla, pero lo único que Lorena pidió fue que la dejasen sola.
Sin saber por qué, estuvo mirando por la ventana horas y horas, mientras las lágrimas afluían a sus ojos mansamente.

* * *

Al día siguiente preguntó dónde estaba el cementerio.
—¿Para qué? —Gruñó Jim—. ¿No lo recuerdas?
—De niña no iba nunca.
—Pues está hacia el Oeste, más allá de aquella pequeña colina que se ve por la ventana. ¿Pero puede saberse para qué infiernos quieres ir a un sitio así?
—Supongo que habréis enterrado al hombre que fue ahorcado ayer.
—Sí, claro. No le íbamos a dejar para muestra.
—Quiero llevarle unas flores.
—¿Unas flo… flores?
—Será una de esas tumbas a las que jamás se acerca nadie. Quisiera que alguien llevase una flor al menos una vez.
—Y ese alguien vas a ser tú, ¿no? Tiene gracia.

—Yo no se la veo por ninguna parte.

—Por poco te barren la cabeza con una de sus balas y tú vas a llevarle florecitas. ¡Bonito espectáculo!

—Una vez muerto, no hay por qué guardarle rencor.

—No, no, desde luego… Hala, vete allí, a ver si te da las gracias.

La muchacha no dijo una palabra, y salió al patio. Vio que allí había montados a caballo cuatro hombres.

Todos eran altos, fuertes y huesudos. Parecía como si Lorena estuviese condenada a no ver otro tipo de hombres desde que llegó al Oeste. Vestían equipos de vaquero y llevaban cada uno de ellos un monumental «Colt» al cinto.

Jim preguntó:

—¿Serás capaz de no reconocer a Kurt?

—¿Kurt? ¿Quién es Kurt?

Uno de los jinetes se adelantó sonriendo y le tendió la mano tras inclinarse ligeramente.

—No es muy halagador que una chica tan bonita como tú no se acuerde de su primo —dijo—. Cuando eras una niña te había perseguido cien veces, tirándote piedras, por este mismo patio.

Lorena recordó de pronto. Sus mejillas enrojecieron.

—¡Kurt!

—Vaya, aunque sea tarde, me has reconocido.

—¿Qué haces aquí?

—Formo parte del equipo del rancho. Ésos son mis hombres.

Señaló a los tres jinetes, que permanecían quietos a una prudencial distancia.

—Siento no haberte reconocido en seguida, Kurt. Pero te prometo que he pensado en ti muchas veces.

—¡Y yo en ti, con mayor motivo! ¡Caray, como te has puesto, muchacha!

Se inclinó un poco más, dando un golpe en las nalgas a Lorena. Ésta lanzó un gritito, mientras todos los hombres prorrumpían en una estruendosa carcajada.

—¡Kurt! ¡Ni tú ni yo tenemos ahora diez años!

—Bueno, mujer, no te enfades… Lo único que yo quería era hacer propaganda. Así te será más fácil encontrar marido.

—¡Yo no he venido a la feria para que hagan propaganda de mí! ¡Y mucho menos de mis nalgas!

Todos siguieron riendo mientras la muchacha se disponía a alejarse a pie. Jim corrió tras ella y le señaló el mismo coche en el que vinieron el día antes, y al cual ya estaba enganchado el caballo.

—¡Eh, tú! ¡No vas a ir a pie hasta allí! ¿Es que te has vuelto loca? ¡Sube al menos al coche y así puede que vuelvas con algún hueso sano!

Lorena hizo un mohín, significando que no quería nada con toda aquella pandilla de brutos, y subió al pescante.

Media hora después llegaba al pequeño cementerio donde todos los rancheros de la comarca enterraban a sus muertos.

* * *

Era un pedazo más de la llanura, y hubiera pasado inadvertido de no ser por las treinta o cuarenta cruces, algunas de ellas viejísimas, que se alzaban entre los arbustos.

La muchacha, que se había detenido antes a recoger un ramo de flores en un prado cercano, se acercó a la cruz que le pareció más nueva.

Y de pronto estuvo a punto de lanzar un grito.

La sorpresa la dejó petrificada.

¡Porque alguien estaba desenterrando el cuerpo del hombre ejecutado el día antes!

CAPÍTULO V

La muchacha oía los golpes del azadón, y se daba cuenta de que el profanador de tumbas no había advertido su presencia, al estar embebido en su fúnebre trabajo y al ahogar sus golpes el rumor del carruaje al acercarse.

El muerto debía estar enterrado a mucha profundidad, porque el cuerpo del hombre, fuese quien fuera, no sobresalía apenas de la fosa. Sin duda había alimañas por la llanura, y tal debía ser la causa de que se tomase la precaución de sepultar a los cadáveres en hoyos muy profundos. Lorena, pensando en esto, se acercó al borde.

Vio que el hombre, situado de espaldas a ella, dejaba la azada y miraba el cadáver, que había sido sepultado sin ataúd, y que por fin acababa de sobresalir entre la tierra. Era una visión macabra y profundamente desagradable, pero que en nada parecía afectar a aquel condenado profanador de tumbas.

Lorena lamentó no llevar un revólver. Le hubiera disparado una bala en el muslo, para que estuviera tres meses sin andar.

Pero no tenía más que las flores, y lo que hizo fue arrojarlas desdeñosamente sobre la espalda del individuo.

Inmediatamente se arrepintió.

¿Y si era uno de los salteadores? ¿Y si, al reconocerla, le clavaba una bala entre las cejas?

El tipo se movió bruscamente, como un rayo, mientras sacaba su único revólver.

De pronto quedó paralizado.

La presencia de aquella muchacha fina y distinguida en un lugar tan fúnebre pareció quitarle las fuerzas.

Quedó como petrificado, con la boca abierta, mientras su revólver colgaba de la mano derecha igual que un juguete.

Por su parte, Lorena también quedó paralizada.

Aquel tipo era uno de los jóvenes más fuertes y bien constituidos que había visto jamás. También era alto y más bien delgado, como todos los que había visto en la llanura, pero daba mucha más sensación de fortaleza que los otros. Vestía como un vaquero, llevaba un solo revólver y sus ojos grises destacaban poderosamente bajo los cabellos negros.

Lorena no lo había visto nunca, y desde luego no podía ser, por su más fuerte complexión, uno de los que días antes asaltaron la diligencia. Pero de que era un profanador de tumbas no cabía duda alguna.

—¿Qué… qué hace aquí? —susurró él.

—Eso mismo pregunto yo.

—¿Es familiar suyo este hombre? Mejor dicho, ¿lo era? Veo que le traía unas flores.

—No era nada mío. Lo hacía por pura caridad.

—Vaya, eso está bien.

—¿Y también por pura caridad profanaba usted su tumba?

—No soy ningún ladrón.

—¿Pues qué busca?

—Quería examinar el cadáver.

—Vaya… Ahora resultará que es uno de esos médicos que hacen autopsias, ¿verdad?

—No, no… Quería ver solo sus muñecas y el corte que tenía en la lengua.

—¿Cómo sabía usted que tenía un corte en la lengua?

—Cosas que uno oye decir.

El hombre parecía haberse tranquilizado por completo al ver que allí solamente había llegado una mujer. Guardó el revólver y volviéndose dijo:

—No mire durante unos momentos, se lo ruego. Lo que voy a hacer ahora es desagradable.

Lorena vio que abría la boca del cadáver, tras ponerse unos guantes que llevaba en uno de los bolsillos. Tuvo un estremecimiento de repulsión y se volvió de pronto.

Estuvo así un par de minutos, hasta que oyó la voz masculina a su espalda.

—No se lo tome tan en serio. El cadáver de un hombre joven, a

quien han liquidado de muerte violenta, no hiede al día siguiente de ser sepultado.

—No es eso. Es que… todo me parece horrible.

El hombre salió de la fosa, se quitó los guantes y los arrojó al fondo del hoyo.

—Lo comprendo.

—¡Y aún no sé lo que busca usted aquí! —gritó Lorena.

—Ya se lo he dicho; quería examinar el cadáver.

—¿Para qué?

—Manías que tiene uno.

—Yo le diré en qué consisten esas manías. Usted quería robar lo que ese cadáver pudiera llevar encima, y ahora, al verse sorprendido, trata de disimular. Pero no he oído jamás explicaciones más absurdas. ¿No comprende que podría denunciarle igualmente? ¿Sabe quién es mi padre?

—No tengo ese honor.

—Es el viejo *sheriff* Ted Russell.

—Lo he oído nombrar. Pero ahora ya no es *sheriff*, ¿verdad? Está retirado, según me dijeron.

—Pues le dijeron una verdad a medias. Aunque mi padre está retirado, sigue siendo aquí la máxima autoridad moral. Y ha pedido volver a ponerse la estrella, en vista de que esta comarca es una de las más castigadas por el bandolerismo.

Con esto quiero decirle —añadió— que lo pasaría mal si él tomara cartas en el asunto.

El hombre recogió silenciosamente su sombrero, que había dejado a un lado de la tumba, y se lo encasquetó con parsimonia.

—Espero que no haga eso, señorita.

—¿Por qué no había de hacerlo?

—Ese cadáver no le importaba a usted nada.

—¡Pero al menos tenía derecho al descanso eterno! ¡Es un derecho que ningún cristiano puede desconocer!

—Yo no lo discuto.

Lorena se iba poniendo cada vez más nerviosa, al darse cuenta de que el hombre le daba la razón, pero al propio tiempo se le escurría, no admitiendo claramente ninguna clase de culpabilidad.

Él susurró de pronto, inesperadamente:

—Si es usted la hija del viejo Ted Russell, se llamará Lorena,

¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—He oído hablar de usted. Es esa muchacha que ha estado fuera tanto tiempo.

Ella se ruborizó, sin saber bien por qué.

—No estaba enterada de que la gente se ocupase tanto de mí.

—¿Qué quiere? Esto es menos que un pueblo.

—Pero usted es forastero…

—Desde luego, aunque sé bastantes cosas de las gentes de por aquí.

—¿Cómo se llama?

—Nick Ramsay.

—¿Cómo sé que no es un ladrón de la más miserable especie?

—Le propongo que haga una cosa —dijo el hombre con calma—. Pregúntele a su padre. Él tiene una memoria de elefante, y se acuerda de todos los maleantes que alguna vez han puesto el pie en esta región. Verá cómo mi nombre no le dice nada.

La muchacha vaciló un momento.

Sus pensamientos oscilaban entre lo que ella creía el cumplimiento de un deber (como era el denunciar al que parecía haber cometido un delito de los más cobardes) y la sensación de seguridad y de honradez que parecía desprenderse de aquel hombre.

Él cortó sus pensamientos con otra de sus inesperadas preguntas:

—Usted debe ser muy joven, ¿verdad?

—¿Por qué lo pregunta?

—No sé. Se ve…

Y como para facilitar la respuesta de la muchacha, desvió sus ojos de ella, poniéndose a palear de nuevo la tierra al fondo de la tumba. Lorena musitó:

—Tengo veinte años.

—¿Y su hermano Jim?

—Veintidós.

—Ambos nacieron cuando su madre era aún muy joven, ¿verdad?

—Cuando nació Jim, mi madre tenía sólo diecisiete años.

—Justo. Porque ahora tiene unos treinta y nueve. Se lleva mucha diferencia de edad con su padre.

—Él tiene ahora sesenta.

—Mal asunto.

La irritación hizo apretar los labios a Lorena, aunque procuró que su voz fuese absolutamente normal cuando dijo:

—¿Por qué habla así?

—Los matrimonios con tantos años de diferencia, raramente resultan bien.

—¿Y a usted qué le importa?

Él siguió paleando la tierra, y ni siquiera se volvió para decir.

—Yo soy muy amigo de su madre, ¿sabe, Lorena? Incluso es posible que nos casemos cuando a ella le concedan la separación…

CAPÍTULO VI

Conforme iba acercándose a la casa de su madre, Lorena sentía que el ritmo de su respiración se iba haciendo más y más descompasado, y que los latidos de su propio corazón la hacían daño dentro del pecho.

Nunca había estado por aquella parte de la comarca, y por tanto no la conocía.

Diez o doce millas más allá de la casa de su madre, la llanura iba ascendiendo continuamente, en una pendiente de ocho grados, hasta llegar a una especie de meseta situada a bastante altitud, y en la cual casi siempre descansaban las nubes bajas. Por ello la meseta era brumosa, triste y gris, y los edificios que se alzaban en ella no se distinguían hasta que el visitante se encontraba a unos doscientos metros de distancia.

Lorena, que iba vestida al estilo masculino, con unos pantalones tejanos, una camisa a cuadros y una cazadora de cuero, fue frenando suavemente al caballo mientras se acercaba a la casa.

No sabía por qué, pero algo la detenía en el momento decisivo, algo la hacía temer ante lo que adivinaba una entrevista decisiva con su madre.

Vio el gran edificio de piedra y madera donde ella vivía, en el centro de un hermoso rancho que debía convertirla en una mujer rica.

Antes aquel rancho había sido también de su padre, pero debió entregárselo cuando se separaron, a fin de que ella pudiera vivir con decoro el resto de sus días.

Las tierras eran húmedas, altas y fértiles, y el ganado se criaba en aquel lugar bajo la bendición del cielo. Por otra parte, el rancho estaba más cerca de las rutas ganaderas que el del propio Ted

Russell, lo que significaba una no desdeñable ventaja a la hora de cerrar negocios con los compradores de carne.

¿Sería posible que su madre, quien aún no había cumplido los cuarenta años, solicitara la separación legal para casarse con el hombre a quien había conocido junto a la tumba? ¿Sería posible que…?

Una voz la sacó de sus profundas reflexiones:

—¿Adónde vas, muchacha?

Lorena volvió la cabeza rápidamente para ver un jinete aparecer como un fantasma entre la niebla. Era alto y delgado, y llevaba el rifle cruzado sobre la silla. Daba la sensación de ir a disparar de un momento a otro, como si pensase que le acechaba un inminente peligro.

La muchacha suspiró, aliviada, al darse cuenta de que aquel jinete era su primo Kurt.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—Yo he venido a ver a mi madre. Pero contesta a mi pregunta.

Kurt enfundó el rifle, mientras hacía también con la mano izquierda un gesto de alivio.

—Yo estaba vigilando —dijo.

—¿Vigilando qué?

—Todos los hombres que no somos indispensables en las faenas de los ranchos, estamos batiendo palmo a palmo esta comarca. «Los Tres» han dado un nuevo golpe.

Sin necesidad de que se lo dijeran, Lorena adivinó quiénes eran «los Tres». Comprendió que no podían ser otros que los que habían asaltado la diligencia donde ella viajó.

—¿Un nuevo golpe? ¿Qué ha sido?

—Un pagador del Banco. Llevaba encima una suma pequeña, porque por aquí nadie se arriesga demasiado: setecientos cincuenta dólares. Lo han matado y se han quedado con el dinero. No comprendo cómo pueden pensar que vale la pena matar a un hombre por esa suma. Han salido a doscientos cincuenta dólares por barba.

—¿Y no se sabe nada más de esos miserables?

—Se los ha tragado la tierra.

—¡Pero en algún sitio tendrán que esconderse! ¡En algún lugar

deben tener su madriguera!

Miró instintivamente hacia la gran casa de madera y piedras donde vivía su madre.

Entonces sucedió una cosa extraña.

Notó que Kurt miraba también hacia allí.

Los dos parecieron comunicarse el mismo pensamiento, un pensamiento que no se hubieran atrevido a confesar en voz alta.

Fue Lorena la que primero desvió su mirada.

—No es posible —dijo.

—Claro que no. Ha sido una simple casualidad que los dos pensáramos lo mismo.

—Cierto… —La muchacha se mordió el labio inferior—. ¿Has visto recientemente a mi madre, Kurt?

—¡Sí!, la veo con cierta frecuencia.

—¿No le sabe mal a papá?

—¡Oh, no…! Él está enterado de que de vez en cuando vengo aquí, por supuesto. Tu madre es un ranchero más, y los rancheros de aquí tienen intereses comunes. Aunque no quieran verse, necesitan arreglar cosas y negocios de vez en cuando. Yo me ofrecí entonces a tu padre: «Siempre que tenga algún recado que darle, iré yo mismo». Le pareció bien, y vengo por aquí una vez cada dos meses. Pero hoy no estaba por esa razón. Vigilamos la comarca, como te he dicho y lo mismo podía haberme encontrado en otra parte.

Ella se volvió a morder el labio inferior.

—¿Cómo está mi madre?

—Muy guapa. No la conocerás.

—Es que no la conozco; quiero decir, no me acuerdo en absoluto de cómo era cuando yo me alejé.

—Vas a llevarte una sorpresa.

—Eso imagino. Mi padre me envió lejos cuando las desavenencias empezaron, temiendo que aquellas disputas pudieran afectar mi educación y mi moral. Ya sabes cómo es papá; recto hasta la exageración y siempre con el temor de que la gente se desvíe del buen camino. Pero yo no sé si esto ha sido un bien para mí. Resulta terrible que una hija no recuerde cómo es la cara de su propia madre.

Añadió roncamente:

—¿Sabes si ella va a pedir la separación legalmente? Hasta ahora están separados por voluntad propia, pero no ha intervenido el juez, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—¿Sabes si ella pedirá el divorcio?

—No tengo idea. Nunca me ha hablado de eso.

—¿Conoces a un tal Nick Ramsay?

—¿Nick Ramsay? ¿Quién infiernos es?

—Un tipo que parece ser frecuenta la casa de mi madre. Un tipo joven y no mal parecido.

Una expresión de mal humor e inquietud se hizo visible en el rostro un poco fatigado de Kurt.

—No sé exactamente lo que estás pensando, Lorena, pero si es lo que yo imagino, no me gusta absolutamente nada.

—¿Conoces a ese hombre o no?

Kurt se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decirte? Vengo aquí una vez cada dos meses, o menos, y no puedo estar enterado de lo que hace tu madre. Pero no me gustaría que empezase a coquetear ahora. Aprecio a tu padre, y a pesar de que conozco la situación de los dos, no consentiría que…

Ella alzó levemente la mano derecha, con un ademán de impotencia.

—Puede que sean imaginaciones mías, Kurt. O que aquel tipo me haya mentido.

—Ojalá.

—No le digas a mi padre que me has visto aquí. Yo le he explicado que iba a dar una vuelta a caballo.

—Descuida, no lo haré.

—Adiós, Kurt.

—Adiós, Lorena, y no olvides una cosa.

—¿Qué?

—Si encuentras tres jinetes que siempre cabalgan juntos, huye lo más aprisa que puedas. Son peligrosos y no tienen piedad con nadie. Con tal de que no pudieras delatar su situación, serían capaces de disparar a matar contra ti…

—Lo tendré en cuenta, pero…, pero hay una cosa que me confunde, Kurt. Si eran tres y uno de ellos fue ahorcado, ¿cómo vuelven ahora a ser tres?

—Quizá se les ha unido otro… O quizá el que resultó ahorcado era inocente. La verdad, no me gusta pensar en eso.

Lorena cerró un momento los ojos.

No, a ella tampoco le gustaba.

Sólo pensar que el hombre a quien vio ejecutar fuese inocente le producía un escalofrío.

Hizo un saludo a Kurt y siguió al trote hasta la casa donde vivía la madre desde doce años atrás. La casa estaba envuelta por la niebla, pero se distinguían con precisión, a aquella corta distancia, todos los detalles.

Vio una mujer que le estaba esperando en el porche, quieta, erguida, como una misteriosa estatua.

Lorena pensó que, sin duda, era su madre.

Tuvo un estremecimiento al verla.

CAPÍTULO VII

Nunca hubiera creído que la mujer que le dio el ser conservara aquel aire tan juvenil, aquella distinción y aquella belleza tan perenne.

Imaginaba a su madre, por ley natural, como una mujer dominada por los primeros achaques, visitada por las primeras arrugas, como una mujer que habría perdido ya la forma de su cintura y las caderas, y cuyos cabellos habrían empezado a encanecer. Pero vio, con profunda sorpresa, que la mujer que tenía delante, pese a estar en la edad madura, aún podía hacer perder la cabeza a cualquier hombre. Era alta, esbelta y vestía con distinción. Sólo unas levísimas arrugas se marcaban junto a sus ojos y las comisuras de sus labios. La muchacha tuvo una sorpresa tan violenta que quedó paralizada frente al porche.

Había creído que su primer impulso sería abrazarla, correr a su encuentro, y sin embargo, ni uno de sus músculos se movió.

Fue la mujer la que avanzó a su encuentro.

La besó en ambas mejillas, tiernamente, y luego la abrazó con fuerza.

Lorena sintió que sus fuerzas fallaban y que bruscamente volvía a los días de su niñez. Sin darse cuenta de lo que hacía se puso a llorar tiernamente sobre el pecho de su madre.

* * *

Cuando volvió a su casa, y a pesar de que la conversación con su madre había durado apenas una hora, Lorena estaba más decidida que nunca a que sus padres se reconciliaran.

No había hablado para nada a ella de Nick Ramsay, a quien

conociera en el cementerio, porque le daba vergüenza abordar aquel tema. Pero se daba cuenta de que su madre era una mujer bonita aún, que al parecer tenía bastante dinero, y que podía ser víctima de las artes y de la juventud de un tipo de cuidado como parecía ser aquel tal Nick Ramsay.

Venía, pues, decidida a plantear la conversación, pero se encontró a su padre con un humor de perros.

Gritaba y vociferaba yendo de un lado a otro de la habitación, mientras alzaba los brazos al techo y amenazaba con romper a puñetazos todos los muebles que se ponían a su alcance.

Lorena jamás había visto a su padre así, y se daba cuenta ahora de que todavía era un hombre lleno de vigor. Un hombre que aún conservaba las energías, e incluso el mal humor, de los treinta y cinco años.

—¿Pero qué te ocurre? —musitó Lorena—. ¿Es que se ha muerto alguien?

—Peor que eso.

—¿Te han robado?

—¡Mucho peor aún!

—Ni que se hubiera incendiado la casa…

—¡Peor!

—¿Pues qué sucede?

—¡Han nombrado un nuevo *sheriff* para la comarca!

A Lorena le pareció aquélla la cosa más natural del mundo.

—Falta estaba haciendo. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Es que no te das cuenta? ¡Yo había solicitado muchas veces ese puesto!

—Ya lo comprendo, pero…

—¡Me consideran viejo! ¡Me arrinconan como si fuera un trapo sucio que se puede tirar a la basura!

—Tú fuiste durante años el mejor *sheriff* de la comarca, papá.

—¡Y puedo seguir siéndolo!

—Cada cosa tiene su época.

—¿Qué pretendes decir? ¿Qué debo dedicarme a comer sopas y vivir de mis recuerdos?

—No, pero…

—¡Cuando yo pedí abandonar el cargo y colgar los revólveres, esta comarca era una balsa de aceite! ¡Aquí no chistaba ni un

pistolero! ¡Pero ya ves: llevamos unos años sin *sheriff* directo, dependiendo del condado vecino, y esto se ha convertido en el hazmerreír de la Ley! ¡Los granujas y los maleantes se ponen ya a dormir en nuestras propias camas! ¿Te has enterado de lo que ha ocurrido? ¿Sabes que «los Tres» han liquidado a un pobre pagador de un Banco comarcal?

—Sí; he visto a Kurt. Me ha dicho que casi todo el mundo está de patrulla por esa razón.

—¡Patrullas! ¡Bah, patrullas! ¡Mandangas, deberían decir! Así no conseguirán nada. Yo sería el único hombre capaz de pacificar la comarca, si me dejasen. ¡Y no me dejan! ¿Sabes a quién han nombrado *sheriff*? ¡A un mequetrefe recién llegado de Arkansas! ¡Éste es su primer puesto al servicio de la Ley! ¡Pretenden que un tipejo de esa clase pacifique una región salvaje como ésta!

Dio media vuelta repentinamente y apuntó a su hija, como si ésta fuese culpable de algo.

—Además, no sólo ha ocurrido eso. También ha sucedido algo más en la población.

—¿Qué?

—Han llegado tres hombres. Se hospedan en el único hotel de Nueva Laramie.

—Me parece muy normal que hayan llegado tres hombres. ¿Qué tiene eso de particular?

—Son tres pistoleros profesionales, eso se nota. Y me pasa a mí por el caletre que se trata de los granujas que andamos buscando. Ha llegado su osadía tan lejos que ya se atreven a reírse en las barbas de la Ley. Y o mucho me equivoco, o dentro de poco afeitarán al nuevo *sheriff*.

Lorena tragó saliva penosamente.

Hubiese querido hablar a su padre de un asunto mucho más importante que aquél, al menos para ellos. El asunto de la destrucción de su familia, que iría desintegrándose lentamente. Pero se daba cuenta de que a su padre eso no le importaba gran cosa. Su padre no había sido más que un *sheriff* implacable durante toda su vida, y su único amor, por lo visto, se centró siempre en la estrella que llevaba sobre el pecho. Ahora lo único que pedía al Destino era morir con los revólveres en las manos; nada más.

La mirada de Lorena reflejaba un hondo pesar al meditar sobre

todo esto.

¿No tendría razón su madre? ¿No habría sido él el culpable de aquella vieja separación, al pensar en los cuatreros mucho más que en su mujer y en sus hijos?

Al fin los ojos de su padre se posaron en ella con un poco más de atención.

—¿Qué te sucede, Lorena?

—Nada. Es que estoy triste… Sólo eso.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, ahora sería inútil. En otro momento hablaremos, papá. Ahora… déjame.

Dio media vuelta bruscamente, dirigiéndose hacia su habitación.

Pero antes de llegar a ella se encontró con Lina, la doncella que le tenían asignada.

Lina parecía visiblemente alterada. Inmediatamente hizo un signo a Lorena, para que guardase silencio, y entró con ella en la habitación.

—¡Chist!

—¿Qué ocurre?

—He de hablar con usted, señorita Lorena.

—¿De qué?

—Sé quiénes son esos forajidos.

—¿A quiénes te refieres?

—A ésos a los que llaman «los Tres», naturalmente.

—¿Y quiénes son?

—Se llevaría una sorpresa terrible si lo supiera, señorita.

—¿Pues quiénes son? ¡Vamos, habla!

La muchacha estaba segura de que se refería a los tres sujetos llegados a la población aquel mismo día, y de los que acababa de hablarle su padre. Posiblemente debía conocer a alguno de ellos. Por eso puso ansiosamente las manos sobre los hombros de la sirvienta.

—¿Quiénes son? —insistió—. ¿Por qué no has empezado hablando de eso con mi padre?

—A él no me atrevo a decírselo. Sería capaz de…

—Tienes razón… A la menor sospecha sería capaz de colgar a media ciudad y desafiar a la otra media. Es mejor que no lo sepa hasta que sea una cosa absolutamente segura.

—Es segura, señorita Lorena.

—¿Por qué no me dices de qué se trata?

—Aquí no me atrevo…

—¿Tan terrible es lo que llevas en la cabeza?

—Es que cualquiera que conozca esos nombres corre peligro… Prefiero que hablemos en otro sitio, donde esté segura de que no nos molestará nadie. ¿No ha de ir a Nueva Laramie?

—No, pero puedo ir si así me place. Nadie me lo impedirá.

—Yo he de ir a entregar unos bordados al dueño del hotel. Hago pequeños trabajos en mis momentos libres. ¿Por qué no nos encontramos allí, en una de las habitaciones?

—¿Tan secreto es lo que has de contarme?

—Secreto… y largo.

—Bien. En tal caso…

—¿Qué le parece mañana por la mañana, sobre las diez? Con la condición de que antes no volvamos a hablar una palabra sobre esto.

Lorena susurró:

—Ni una palabra.

Y contempló, sin saber qué pensar, cómo la doncella salía de la habitación silenciosamente.

CAPÍTULO VIII

El *sheriff* especial que había sido designado para Nueva Laramie y su distrito —un distrito muy extenso y todavía sin determinar exactamente— entró en el único y pequeño hotel de la población y se acomodó en el mostrador tras el cual el dueño estaba contando una pila de monedas.

—¿No tiene miedo de que le roben, patrón?

El dueño del hotel alzó la cabeza y se fijó en la reluciente estrella que colgaba del chaleco.

—Usted es el nuevo *sheriff*, ¿no?

—Justo.

—No sé si darle la bienvenida.

—¿Por qué no?

—Los asuntos de por aquí parece que no marchan muy bien últimamente.

—Por eso me han designado.

—¿Y dónde estuvo usted antes?

—En ninguna parte.

El dueño del hotel disimuló una risita.

No podía ver de cuerpo entero al nuevo *sheriff*, pero por su aspecto le parecía un hombre algo inseguro, vacilante, uno de esos hombres que se dejan arrastrar por el peso de las circunstancias.

Llevaba unos buenos revólveres, pero eso no era bastante en una comarca donde la palabra «Ley» apenas significaba nada.

—Es mal sitio para estrenarse —dijo.

—Yo procuraré que dentro de poco piensen de distinto modo.

—Por mi parte le deseo mucha suerte. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo entendido que ayer llegaron aquí tres individuos.

—Exacto.

—Y se hospedan en ese hotel.
—¿Es que los juzga sospechosos?
—Todo grupo de tres o más hombres que no tengan una ocupación clara, es sospechoso mientras no se demuestre lo contrario.
—Lo comprendo, pero hasta ahora no han hecho nada malo. ¿Qué quiere saber de ellos?
—Por lo pronto sus nombres.
El del hotel puso, por toda respuesta, el libro-registro ante las narices del *sheriff*.
A éste sólo le llamó la atención un nombre de los que figuraban allí: el de Teller.
—Teller es un maleante que se hizo famoso en Abilene —gruñó—. No me extrañaría que hubiese venido aquí para armar camorra.
—Lo más aconsejable en esos casos es dejarle en paz mientras no infrinja la Ley. Bueno, usted sabrá lo que tiene que hacer…
El *sheriff* asintió pensativamente.
—Lo vigilaré de cerca.
Hizo un breve saludo, llevándose la mano derecha al sombrero, y salió del hotel, mientras el dueño de éste volvía ansiosamente a su tarea de contar monedas.
No llevaba ni medio minuto así cuando entró una mujer.
—Buenos días.
El hotelero levantó la cabeza. La recién venida era la sirvienta de los Russell, que de vez en cuando traía bordados para la ropa del establecimiento. Pero esta vez parecía muy nerviosa, como si la persiguiese alguien.
—Traigo su encargo —susurró.
—Muy bien, déjelo ahí.
—¿Podría hacerme un favor?
—Si se trata de pagarle ahora, no puede ser. Cobrará la semana próxima.
—No, no se trata de cobrar ahora. Ya sé que usted se dejaría cortar los dedos por no soltar un dólar. Se trata de que me deje por diez minutos una habitación vacía. He de hablar con una persona en privado.
—No será un lío de hombres, ¿eh?
—Yo no tengo líos de hombres. Se trata de la señorita Lorena

Russell.

—¿Y qué secretos se traen entre ustedes?

—No es ningún secreto. Como también soy modista, le quiero probar un vestido. Es un sorpresa de la que por ahora no puede enterarse su padre.

—¡Vaya! Las mujeres hacen un lío de cualquier cosa. Está bien, puede disponer de la habitación número tres. Pero no ponga esa cara de asustada. ¡Ni que la persiguiesen esos pistoleros a los que busca toda la comarca!

La mujer palideció. Palideció tanto que sus facciones adquirieron el color de la cera pura.

Pero no fue solo por lo que acababa de decir el dueño del hotel.

Fue principalmente porque a través de los cristales había visto, espiándola, el rostro de un hombre.

El rostro de Nick Ramsay.

CAPÍTULO IX

Pocos minutos después llegaba Lorena conduciendo un carruaje descubierto. Era una de las mujeres más bonitas que habían pisado Nueva Laramie desde que la sucia ciudad fue fundada, y venía sola. Ambas razones eran suficientes para que se volvieran a mirarla hasta los viejos que iban con muletas, pero Lorena no hacía caso absolutamente a nadie.

Dejó el carruaje detenido ante el establecimiento y ató al caballo de costado al amarradero del hotel. Luego penetró en éste.

El dueño la recibió con una sonrisita.

—Buenos días, *miss*.

—Buenos días.

—La están esperando arriba. Habitación número tres.

—Gracias.

—Menuda sorpresa se va a llevar su padre, ¿eh?

—¿Qué clase de sorpresa?

—Lo del vestido que le van a probar a usted. A poco bonito que sea, estará usted descomunal, si me permite decirlo.

Lorena se dio cuenta de la clase de treta que había empleado la sirvienta para llamar la atención, y sonrió.

—¡Oh, sí, claro…!

—Lo que siento es no poder mirar por el agujero de la cerradura, créame.

—Ha hecho mal en decírmelo. Ahora lo taparé con papel.

La muchacha sonrió, con una picara mueca que fue casi involuntaria, y subió las escaleras.

Al girar para hacerlo, vio el rostro de alguien que estaba mirando hacia el interior a través de los cristales cercanos a la entrada.

Aquel alguien era Nick Ramsay. La miraba fijamente, y sus ojos tenían una extraña expresión.

No se sabía si eran los ojos de un asesino o los de un ángel guardián. No hubiera podido decirse si eran los ojos de un hombre normal o los de un loco.

¿Era él el jefe de los pistoleros que asolaban la comarca? O, al contrario, ¿estaba allí para perseguirlos?

¿Por qué la espiaba?

La muchacha notó que su frente contraída casi le hacía daño, y giró la cabeza bruscamente para seguir subiendo.

Ante la puerta de la habitación número tres se detuvo. Golpeó quedamente con los nudillos en la puerta.

—Entre —dijo la voz de la sirvienta. Lorena hizo girar el pomo.

* * *

Nick Ramsay, en la calle, meditó durante unos instantes en lo que convenía hacer.

No lo pensó demasiado, desde luego.

Fue a la parte trasera del hotel y examinó con ojo crítico las ventanas que daban a aquel sector.

No le sería muy difícil llegar hasta ellas. Dio una rápida ojeada en torno suyo y vio que no se acercaba nadie.

De un salto se encaramó a un saliente, y desde allí se contorsionó con la agilidad de un acróbata.

Sus pies encontraron otro saliente. Trepó a él y desde allí sus manos encontraron el alféizar de una de las ventanas.

Mientras hacía una difícil maniobra para abrirla, cuatro hombres se acercaron a la entrada del hotel.

Eran jóvenes, altos y fuertes. Llevaban las fundas sujetas a los muslos por delgadas correíllas. El dueño del hotel no los había visto nunca antes de su llegada a Nueva Laramie excepto a uno de ellos, el que iba en el centro.

Era un pistolero conocido en todo el Oeste Central. Demasiado conocido. No se comprendía bien cómo diablos podía arriesgarse a caminar por allí, tan a la vista de todo el mundo.

Se llamaba Teller.

El dueño del hotel se encogió de hombros, mientras los veía empujar la puerta.

Bueno, ¿a él qué le importaba?

Los cuatro eran clientes y habían pagado por anticipado. Si el *sheriff* quería buscarse complicaciones, allá él. Había muchos tipos imbéciles que iban detrás de un plomo en vez de ir detrás de un dólar, pero el dueño del hotel nunca sería de aquéllos.

Inclinó la cabeza respetuosamente.

—Buenos días, señores.

Teller se acercó al mostrador.

—¿Acaban de llegar aquí dos mujeres?

—¿Dos… mujeres?

—Eso he dicho. ¿O es que no me has oído bien?

El dueño del hotel tragó saliva.

Se daba perfecta cuenta de que arriba había dos mujeres indefensas, y de que aquellos tipos no les preparaban nada bueno. Comprendió que la obligación de cualquier hombre honrado era decir que allí no había entrado nadie.

Los cuatro tipos no se arriesgarían a registrar el hotel habitación por habitación. Además, él tenía bastantes medios para avisar a las dos mujeres sin que nadie se diera cuenta. Por si eso fuera poco, el *sheriff* no andaba lejos.

Pero el dueño del hotel era de los que pensaban que no vale la pena ser un hombre honrado, si siendo todo lo contrario se puede obtener algún beneficio.

—Saberlo le costará diez dólares —dijo.

Teller los puso sobre la madera.

—A cada uno —susurró el hotelero.

Teller sonrió enigmáticamente. Puso cuarenta dólares sobre el pequeño mostrador.

—Es barato —dijo—. ¿Qué habitación?

—La tres.

Los hombres subieron velozmente, silenciosos como panteras. Al llegar al piso superior, vieron inmediatamente la puerta de la habitación indicada.

Los cuatro sacaron sus armas.

Su gesto fue tan simultáneo y silencioso como si sus cuerpos fuesen uno solo.

Teller puso la mano sobre el pomo de la puerta.

Junto a ésta, en el pasillo, la pared estaba adornada por dos

látigos cruzados. Un adorno muy del gusto de los clientes que debían frecuentar aquel hotel.

Teller iba a empujar la puerta cuando una voz hizo a su espalda:

—¡Chist!

Los cuatro hombres se volvieron al mismo tiempo, como un solo cuerpo.

Un tipo joven, a quien no conocían, había aparecido en una de las ventanas.

Estaba en posición difícil, porque aún no había logrado abrirla del todo para sujetarla bien, pero ya empuñaba un revólver con la mano derecha. Sus ojos quietos, fríos y brillantes eran como una invitación al asesinato.

—¡Chist! —repitió.

Los cuatro le encañonaron. Nick Ramsay —pues no era otro el tipo de la ventana— empezó entonces a disparar.

Quiso ser noble al principio, y apuntó a los revólveres en lugar de tirar al bulto. Las armas de sus enemigos saltaron a los aires en centésimas de segundo, provocando un cuádruple alarido de sorpresa y terror.

Pero Nick había quedado en situación precaria. Al poder sujetarse sólo con una mano y tener que estar atento exclusivamente a los enemigos, se hallaba a punto de caer. Intentó asegurarse mejor, y en ese momento Teller, demostrando que era un hombre de acciones rápidas, descolgó en menos de un segundo uno de los dos látigos que adornaban la pared del pasillo.

El cuero se empotró materialmente en el rostro de Nick Ramsay antes de que éste pudiera disparar de nuevo.

Nick lanzó un grito y retrocedió instintivamente.

Ahora fue otro látigo el que se abatió sobre él. Uno de los pistoleros había imitado a su jefe. Las facciones de Nick se cubrieron de sangre instantáneamente.

Cuando quiso volver a disparar, ya la mano con que sujetaba había fallado. Notó que caía.

De todos modos, en un último y terrible esfuerzo, consiguió apretar el gatillo. La bala dejó una marca roja en la mejilla de uno de los pistoleros, quien lanzó un aullido de rabia y de dolor.

Pero Nick ya estaba abajo. Su cabeza chocó contra uno de los salientes del edificio que antes le habían servido para trepar hasta

la ventana.

El choque pareció repercutir en todos los huesos del joven. Éste perdió el conocimiento, quedando doblado junto a una puertecilla baja que servía para entrar la leña.

Uno de los pistoleros asomó por la ventana.

—¡Tira! —gritó Teller—. ¡Liquídale de una vez!

—¡No le veo bien!

—¿Qué ocurre?

—¡Ha quedado como empotrado en una puertecilla que hay abajo! ¡Apenas se le ven las piernas!

—¿Está sin sentido?

—Desde luego. O quizá muerto.

—¡Pues vamos allá! ¡No perdamos más tiempo!

Empujó la puerta.

Dentro de la habitación estaban dos mujeres. La bellísima Lorena y su cuarentona sirvienta. Las dos eran muy distintas, desde luego, pero en sus rostros se dibujaba una misma expresión de horror.

Los cuatro hombres y las dos mujeres se miraron.

El silencio fue terrible, agobiante, durante casi un largo minuto.

Sólo se oía, a través de los cristales, el rasguear de la guitarra y la voz nostálgica de un peón mexicano que cantaba una canción de su lejana tierra. Era la canción de alguien que no había oído los disparos o que quizá no quería enterarse de nada, excepto de su desesperada nostalgia.

Fue Teller el que primero habló:

—¿Te ha contado algo, Lorena?

—¿Contarme? ¿Qué?

—¡No te hagas la tonta! ¡Lo que iba a decirte! ¡No os habéis reunido aquí para hablar de chismes del vecindario!

La muchacha sintió que la angustia la ahogaba. Intentó ganar tiempo desesperadamente.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¡Déjate de zarandajas! ¿Qué te ha explicado?

—Na… Nada aún.

Era verdad. La sirvienta no había tenido tiempo aún de revelarle su secreto. Lorena pensó que en aquellos trágicos momentos lo mejor era decir la verdad.

Teller sonrió suavemente.

—Lo celebró. Acabas de salvar tu vida, guapa.

—¿Sa… salvar mi vida?

Lorena no sabía qué hacer, no sabía qué pensar.

—Sólo una de las dos sabe demasiado. Mejor.

La sirvienta cayó de rodillas. Lorena intentó cubrirla con su cuerpo.

La escena era tan miserable y tan cruel que la muchacha creía estar viviendo un sueño, pero desgraciadamente todo era tan real como el contacto de sus propias manos.

—¡No la toquéis! ¡No la toquéis!

Los cuatro hombres habían recogido ya sus revólveres inservibles, guardándolos en las fundas. Lorena se preguntó fugazmente de qué modo pensarían matarlas.

Tuvo un estremecimiento al ver que uno de los hombres se desprendía de su cinturón y pasaba uno de los extremos por la hebilla. Aquello podía servir, ni más ni menos, como la soga de una horca.

—¡No! —aulló—. ¡Nooo!

Sabía que el hotel estaba vacío a aquella hora, pero se dijo que al menos el dueño tenía que oírlas.

Efectivamente el dueño las oyó.

Pero no hizo un solo movimiento.

Sus ojos indiferentes estaban posados en el techo, justo al otro lado del cual se desarrollaba la tragedia.

Lorena recibió un puntapié en la sien y cayó sin sentido, mientras la sirvienta trataba de llegar hasta la ventana.

Seis manos volaron hacia ella y la aferraron fuertemente.

Dos de aquellas manos pasaron por su cuello el cinturón de cuero, ciñéndolo como una soga.

—Dale —dijo simplemente Teller.

El pistolero tiró de su cinturón.

La mujer se debatió unos instantes, mientras los tres hombres la miraban fijamente, con la misma indiferencia que si contemplaran la agonía de un perro enfermo.

Luego Teller indicó:

—Basta.

Estaba bien muerta. Un tipo como Teller no se hubiera

equivocado en eso. Los cuatro giraron la espalda y se dirigieron hacia la puerta.

Al llegar al pasillo, Teller miró hacia abajo por una de las ventanas.

—¿Se le ve? —preguntó uno de los hombres.

—Igual que antes.

—No se ha movido, ¿eh?

—Ni pizca.

—Ése está apiolado. Vamos.

Salieron sin perder un minuto más. El dueño del hotel los miró fijamente, mientras descendían.

Pero no dijo una palabra.

Teller chascó los dedos.

—Abur.

—A… abur, caballeros.

No hizo un solo gesto cuando los pistoleros abandonaron el hotel. No se movió tampoco para auxiliar a las que él sabía eran las víctimas.

Apenas un minuto después entró el *sheriff*.

—He oído disparos. ¿Qué ocurre?

—Hubo jaleo arriba.

—¿Quién lo ha provocado?

—Unos desconocidos.

—¿Cuántos?

—No sé si dos o tres. Se han descolgado por las ventanas. No sé de qué se trata.

El *sheriff* subió al galope las escaleras, y volvió a bajar con el rostro convertido en una máscara de cera.

—Hay una mujer ahorcada… —farfulló.

—¿Cómo?

—Y otra ligeramente herida. Suba a atenderla. Pero he mirado por una de las ventanas hacia abajo y me parece que hay un hombre muerto al otro lado del hotel.

—¿Qué dice?

—¡No digo nada! ¡Suba y atienda a la mujer que sigue con vida, infiernos! ¡Yo veré mientras tanto qué ocurre con, el fulano patitieso que está en la parte trasera!

El *sheriff* rodeó el edificio corriendo. Ya no lo hizo solo, porque

la alarma había cundido, y dos hombres venían pisándole los talones. Hallaron a Nick, quien se llevaba una mano a la cabeza, gimiendo débilmente, sin recobrar el sentido aún.

—Ese vive —masculló el *sheriff*—. ¡Llévenlo a casa del médico, pronto! ¡Y díganle que esté preparado para atender también a una señorita!

El dueño del hotel asomó la cabeza por la ventana, arriba.

—¡La chica empieza a recobrarse! ¡No tiene apenas nada!

—¡En cambio éste necesitará cuidados! ¡Hala, llevadlo de una vez, maldita sea! ¡Este villorrio se está convirtiendo en un condenado infierno!

Nick, al notar que le ayudaban, no quiso consentirlo. Intentó llegar a la casa del médico por su propio pie.

Pero cayó rodando a los pocos pasos.

CAPÍTULO X

Cuando Nick recobró el conocimiento, notó que estaba tendido en una cama algo dura. Se dio cuenta de que era una especie de mesa de operaciones unos instantes más tarde, cuando vio inclinada sobre él la alta figura de un hombre que manejaba unas pinzas.

El hombre alto dijo:

—Ha tenido suerte.

—¿Llama suerte a recibir un mamporro como el que he recibido yo, amigo?

—No. Quiero decir al encontrarme.

A Nick le daba vueltas la cabeza y tenía una extraña sensación de vértigo, pero intentó dominarse.

—¿Es que dan un premio al que le encuentra a usted? —masculló.

—No, pero soy un médico que sólo pasa por aquí una vez cada dos meses. Y hoy me ha encontrado por casualidad. Si no llego a atenderle en seguida, es posible que hubiese muerto.

Nick cerró un momento los ojos.

Sí, se daba cuenta de que había sido una feliz casualidad encontrar un médico en aquel rincón perdido del Oeste.

—¿Pero no tiene usted casa aquí? —musitó.

—Sólo estoy en ella de vez en cuando. Esto es más bien una especie de consultorio.

—¿Y qué tiene en la mano?

—Unas agujas. Le he tenido que extraer unas esquirlas de hueso. No se ha roto del todo una pierna por puro milagro.

—Pues sólo me hubiera faltado eso.

—Le han propinado un par de latigazos en la cara, ¿verdad?

—¿Tengo la señal?

—No se preocupe, se le quitará con el tiempo.

Nick cerró otra vez los ojos, y en aquel momento sintió un terrible dolor en la pierna izquierda. Sin duda tenía un agujero en ésta, y el médico le estaba aplicando algún desinfectante digno de un caballo. Extenuado por la elevada pérdida de sangre —de la que ni él mismo había llegado a darse cuenta— volvió a perder el conocimiento.

En el último instante tuvo la sensación de que en la habitación acababa de entrar una mujer, pero eso no impidió que a su alrededor todo se transformase en niebla.

* * *

Debió recuperarse bastante después, porque cuando lo hizo el sol ya llegaba oblicuamente hasta la pared del fondo de la habitación.

Efectivamente, junto a él, sentada a la cabecera del duro lecho, estaba una mujer.

La mujer más bonita que Nick había visto en su vida, aunque no era ésta la primera vez que se encontraban. La había visto antes en un sitio muy poco romántico; el pequeño cementerio de Nueva Laramie.

Lorena le miraba fijamente. Parecía no atreverse a hablar.

—Me han dicho que usted se llama Nick Ramsay —susurró al fin.

—¿No se lo dije en el cementerio?

—No sé, no lo recuerdo. En todo caso es muy fácil que allí no le hubiese creído de ningún modo.

—Yo, en cambio, creo todo lo de usted —dijo Nick, con una sonrisa forzada—. ¿Por qué ha venido?

—Necesitaba darle las gracias.

—¿Por qué?

—Usted hizo lo posible para salvarme, según he podido saber.

Nick cerró otro instante los ojos.

—¿Y qué sucedió realmente? Nadie se ha molestado en explicármelo hasta ahora, créame.

—Ella murió —dijo la muchacha apagadamente.

—¿Ella? ¿La mujer que la acompañaba?

—Sí.

—Era una especie de sirvienta suya, ¿no?

—Efectivamente. Mi padre me la asignó.

Por el tono frío e indiferente de Nick, nadie hubiera podido imaginar la tempestad que se estaba desatando dentro de su pecho.

—¿Cómo la mataron?

—La… estrangularon con un cinturón.

Ahora Nick apretó los labios, pero ésta fue toda la reacción que se advirtió en él.

—¿Por qué lo hicieron?

—No sé… Quería decirme algo.

—¿No sabe qué?

—Algo que se refería a esos pistoleros. Los que asaltaron la diligencia en que yo viajaba. Ésos a quienes la gente llama «los Tres».

Se notaba que la muchacha intentaba mantenerse serena, pero las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos demasiado abiertos. Nick notó que incluso iba vestida con algunos detalles de luto, sin duda a causa de la muerte de la mujer que la citó en Nueva Laramie.

—¿Podrían ser «los Tres» los propios hombres de Teller?

—No lo sé. ¡Dios mío, no sé nada! ¡Esto es tan horrible que con gusto me iría de aquí, si supiera que mi familia no corre peligro!

—No te vayas —musitó Nick—. No abandones nunca el campo para que unos cobardes corran por él.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes?

—Nada. Nada hasta ahora, pero pronto sabré.

—¿Qué papel juegas en esto?

Nick sonrió, pero otra vez forzadamente.

—Cuando yo sepa, tú también sabrás, muchacha. Por cierto, quisiera hacerte una pregunta.

—¿Sí?

—El médico no ha querido decirme nada. ¿Qué es lo que sufro en realidad? ¿Es grave esto?

—Me parece que no. Antes de marcharse dijo que tendrías que estar aquí un par de días solamente.

—¿Es que el médico se ha ido ya?

—Sí. Sólo para por casualidad en Nueva Laramie.

—Dos días… —musitó Nick—. ¿Qué hacen los que mataron a tu

amiga? ¿Lo sabes tú?

—Se pasean por la ciudad, convencidos de que nada les ocurrirá. El *sheriff* especial de esta zona me parece demasiado prudente; quizá tenga razón mi padre al decir que aquí hace falta mano dura.

—Mano dura la habrá… dentro de dos días.

—¿Qué quieres decir?

—Nada especial. Todo el mundo lo verá.

Y añadió suavemente:

—Lo que ocurra será necesario.

Cerró los ojos otra vez y ya no volvió a decir una palabra.

Lorena se puso en pie silenciosamente y caminó de puntillas hacia la puerta. No sabía qué pensar. Nunca había conocido a un tipo como aquél. No sabía qué hacer, y sólo sentía que una angustia sin nombre le llenaba el alma.

CAPÍTULO III

Transcurridos dos días, Nick pagó su cuenta a la mujer que cuidaba de la casa del médico.

Acto seguido, Nick fue al hotel.

Notaba que los hombres le miraban recelosamente, y que se apartaban de su camino como si fuese un apestado. Notaba también que daba miedo a las mujeres; pero eso no tenía importancia ahora.

El encargado del hotel lo recibió con una sonrisa temerosa.

—¡Señor Ramsay! ¡Qué… qué sorpresa!

—Me he curado a medias. Ya ve.

—No sabe cuánto me alegro, señor Ramsay. ¿Viene a pagar alguna cuenta?

—Sí. La de la señorita que tuvo una habitación durante varios minutos.

El dueño del hotel se pasó la lengua por los labios.

—Eso está bien. Son cuatro dólares.

—Cuatro dólares… y una bala.

El encargado palideció, y su voluminosa papada se movió como si le hiciesen cosquillas.

—¿Cómo… cómo, señor Ramsay?

—¿Quién dijo a los buitres de Teller cuál era la habitación?

—Pues… Pues…

—¿Quién dejó que lo hicieran todo sin preocuparse de llamar al *sheriff*, y luego no se preocupó de lo que había ocurrido?

—Señor Ramsay, debe comprender…

Ramsay preguntó, con una sonrisa obsequiosa:

—¿Sabía usted que iban a matar a una mujer?

—Señor Ramsay, no me gustan sus ojos. Tiene ojos… de… asesino.

—Y usted tiene ojos de muerto, amigo mío, lo cual es muchísimo peor.

Y apretó el gatillo, sacando el revólver con una velocidad fulminante.

La bala penetró en la mandíbula del hotelero, atravesándole la cabeza en diagonal, de abajo arriba. Ni siquiera tuvo tiempo de lanzar un grito, porque la muerte fue instantánea. Cayó de bruces y su sangre empezó a manchar las páginas del libro de registro.

Ramsay sopló en el cañón del revólver.

Mientras estuvo al borde de la muerte había pensado mil veces en hacer aquello, soñando que le produciría una gran satisfacción, y ahora que lo había hecho lo único que sentía era un terrible náusea. Era ésta la primera vez que mataba a un hombre sin darle una oportunidad de defenderse. Y aunque la víctima fuera una rata cobarde, no por eso Ramsay estaba menos trastornado.

Sintió asco de sí mismo, un asco infinito, y comprendió que ahora no le importaba morir.

Salió del hotel y se encaminó al único saloon, que estaba al otro lado de la calle. Dentro del local había poca gente; unos cuantos vaqueros alrededor de dos bailarinas, que ahora se sentaban descuidadamente, y de un mestizo mexicano que ahora tocaba la guitarra.

Ramsay se acodó en el mostrador y miró al mexicano. El mexicano le miró a él. Era joven y debían haberlo tratado como a un perro, porque tenía la cara cruzada a latigazos. Vio cicatrices en el rostro de Ramsay y ambos se comprendieron con sólo aquella mirada.

El mexicano susurró:

—Buenas tardes, señor.

—¿Sabes alguna canción triste? —preguntó Nick Ramsay.

—¡Oh, sí señor! Sé muchas.

—Quiero que cantes la canción más triste que sepas. Una canción para despedir a los muertos.

—¿Ha matado a alguien, señor? ¿Acaso ha sido usted el autor del disparo que se ha oído ahí enfrente?

—Sí, y he matado a un hombre. Pero no es eso solo.

—¿No es eso solo, señor?

—Aún pienso matar a tres o cuatro hombres más.

Todos los que rodeaban a las bailarinas y al mexicano se distanciaron un poco. Ramsay vio en los rostros muecas de terror, de incredulidad y de asombro. Vio que no le creían, pero al mismo tiempo le tomaban por una especie de loco capaz de cualquier cosa.

A las bailarinas, sobre todo, les temblaban los labios.

—Canta lo más triste que sepas —dijo Nick al mexicano—, para despedir de este mundo a unos hombres. No tengo dinero para pagarte, pero te dejaré ver el espectáculo cuando les atraviese la cabeza.

—Con eso es bastante, señor —dijo el mexicano—. Si son los que imagino me daré por satisfecho.

Y empezó a cantar. Cantaba en español, naturalmente y con una agradable voz, acompañándose con leves rasgueos de la guitarra. Lo que interpretaba era una especie de himno de réquiem, pero más viril e intenso que los que cantaban en los países de habla inglesa. Al terminar, nadie le aplaudió. Diríase que los hombres y las mujeres que le escuchaban estaban sobrecogidos.

—Ésta es la despedida de sus muertos, señor —dijo el mexicano —. Les deseo un buen viaje.

—Yo también —gruñó una voz.

Ramsay se volvió levemente y vio en la puerta, casi junto a la barra, al *sheriff* del condado.

El *sheriff* llevaba ya un revólver en la mano derecha.

—¿Ha sido usted el que ha dado muerte al encargado del hotel? —preguntó con voz tensa.

—Sí.

—Entrégueme su revólver.

Ramsay hizo un movimiento suave con la mano izquierda, como si espantase una mosca.

—¡Oh, no, amigo! ¿A qué viene eso ahora?

—¿Se ha vuelto loco? ¡Le estoy pidiendo que se entregue en nombre de la Ley!

—Lo he oído, pero no pienso entregarme.

—¿Me obligará a disparar?

—Hágalo, *sheriff*.

El representante de la Ley fue a apretar el gatillo, pero en este momento Ramsay se movió con una velocidad de pesadilla. El codo con que estaba apoyado en la barra le sirvió de palanca, y en

fracciones de segundo, salió disparado hacia atrás. Mientras, hizo un gesto con la cadera y el revólver pareció salir sólo de la funda. Casi sin sujetarlo, disparó, y la mano del *sheriff* quedó atravesada.

Su «Colt» cayó a tierra con un lúgubre sonido metálico.

En el saloon se hizo un espantoso silencio. Todos contenían la respiración incluso.

—Eso está mejor, *sheriff* —dijo calmosamente Ramsay—. La gente con el revólver en la mano me pone nervioso, ¿sabe? Así podremos hablar usted y yo y explicarnos con calma todas las cosas que tenemos que decirnos.

—No tenemos nada que decir —gruñó el *sheriff*, mientras se apretaba los dedos sangrantes—, excepto que es usted un asesino y que será enviado a la horca. Hasta ahora nadie se había atrevido aquí a insultar de ese modo… a la Ley.

—¿Se puede reír, *sheriff*? ¿Qué Ley?

—La que yo represento.

—Usted representa una Ley muy hermosa, *sheriff*. —Hasta entonces Ramsay había hablado con voz tranquila, pero de pronto esa voz se hizo áspera y sus facciones se tensaron—. Cuando estrangularon a una mujer en el hotel, la Ley no se movió. Usted quedó tan callado, *sheriff*, como si estuviera muerto. Cuando a mí me dejaron por muerto, tampoco se inquietó demasiado. En todo este tiempo no ha perseguido ni por un momento a los asesinos, porque a los asesinos los mandaba Teller, y él es una personalidad temible en este condado. En cambio se ha dado mucha prisa cuando yo he matado al primer cobarde de la lista. Bien… No he hecho más que empezar, *sheriff*. Cada una de estas cicatrices necesita un muerto. Le invito a ser testigo, si quiere, pero le atravesaré la cabeza sin compasión en cuanto intente mover un dedo en contra mía.

El *sheriff* tragó saliva espasmódicamente. Dejó caer la mano herida, de la que cada vez goteaba la sangre con más fuerza.

—Está loco —dijo—, loco de remate. Teller es un gran tirador y además cuenta con tres hombres.

—Por eso mismo le invito a ver el espectáculo. Será divertido. Me hubiera gustado organizarlo para las fiestas ganaderas, pero no puedo esperar.

—Está loco… —repitió el *sheriff*, como si aquellas palabras

respondieran a una idea fija.

Y fue en aquel momento cuando el mexicano susurró:

—Ahí vienen…

En efecto venían. Eran dos.

Sus botas nuevas y bien lustradas resonaban sobre las tablas del porche. Avanzaban con la seguridad que les daba saber que aquel villorrio era suyo, que nadie se oponía a sus deseos.

Ramsay los vio a través de la ventana.

Uno era Teller, que llevaba la cara surcada de cicatrices. El otro era uno de sus compinches.

Los dos entraron confiadamente, creyendo que el saloon estaba como todas las tardes. Lo primero que vieron fue la mano ensangrentada del *sheriff*, junto con el revólver caído en tierra, y entonces se detuvieron en el umbral. Teller alzó extrañado lo que le quedaba de una ceja.

Fue entonces cuando vio a Ramsay.

—Pero… —balbució.

Ramsay, que ya había guardado el revólver, dijo con una sonrisa burlona:

—Pasen, caballeros, no se estén en la puerta. Tienen aquí *whisky*, ron, *brandy* y tequila. Si ninguna de estas bebidas les gusta, también tienen sangre. ¡Y la que tendrán! ¿No se animan, caballeros?

Teller, reponiéndose en parte de su sorpresa, farfulló:

—De modo que has salido…

—¿No era lo que esperaba? ¿No quería que sufriese durante la curación para luego volver a marcarme la cara?

—¡Qué inteligente! ¿Cómo lo has adivinado?

—Cosas que piensa uno.

—¿Tú has herido al *sheriff*?

—Le he pedido amablemente que no interviniera; eso es todo. Por cierto; ¿dónde están tus otros dos amiguitas, Teller?

—No te importa.

—Es igual, ya los encontraré. Tú eres la pieza gorda, la que quería cazar en primer lugar. Dime dónde quieres la primera bala, porque no pienso matarte en seguida. Si puedo, haré que dures unos cinco minutos. —De pronto su voz se hizo ronca—. ¿Quién la ahorcó?

—¿Te refieres a aquella…?

—¿A aquella qué…?

Teller, que iba a lanzar un insulto dirigido a la muerta, se contuvo en el último instante.

—La ahorcamos entre todos —dijo roncamente—. Era lo que merecía. Nadie se burla de un hombre como Teller.

—Tienes razón —musitó Ramsay—. De un hombre como Teller no hay que burlarse. Hay que aplastarlo. A pesar de que sé que no la matasteis por eso. Lo hicisteis porque era una amenaza para vosotros o para otra persona. Iba a hablar.

—¿Es que vas a enfrentarte con los dos? —Gruñó Teller, preocupado por una sola cosa.

—No sólo voy a enfrentarme, sino que tengo preparado vuestro himno funeral. —Miró de soslayo al mexicano—. ¿Quieres cantar, amigo?

El mexicano empezó de nuevo la canción. Esta vez había en sus notas como un insulto, como una burla. Teller no pudo resistirlo.

—¡Calla!

—Deberías prestar un poco más de atención —dijo suavemente Ramsay—. Estás escuchando tu despedida.

El pistolero le miró con un rostro deformado por el odio.

Ramsay tenía una expresión burlona en los labios y parecía reírse de él, pero en realidad su cerebro trabajaba a una presión diabólica.

No dejaba de comprender que con los insultos y las amenazas que había dirigido a Teller, éste tenía que haber «sacado» ya. Además, eran dos contra uno y él estaba débil aún, o sea que Teller tenía todas las ventajas. Si no se había movido era porque estaba al acecho de un momento más favorable aún. Es decir, que esperaba a alguien.

¿Sus otros dos hombres tal vez?

Era lo más probable.

Ramsay estuvo atento, con todos los nervios en tensión aunque no lo parecía, buscando descubrir en el rostro del pistolero un gesto que le delatase.

De pronto los ojos de Teller brillaron, mirando hacia una de las ventanas que había en la parte posterior del saloon.

Se lanzó a tierra, tensos los músculos, mientras sacaba el

revólver con una velocidad de pesadilla.

Ahora empleó los pies como palanca para apoyarlos en la barra y salir despedido hacia el centro del saloon.

Teller y su pistolero «sacaron» también mientras alguien disparaba desde la ventana posterior. El lugar que antes ocupara Ramsay quedó materialmente acribillado por las balas.

Pero él ya no estaba allí; sino dando rapidísimas vueltas sobre las tablas que formaban el suelo del saloon.

Hizo un solo disparo contra el hombre que estaba asomado a la ventana posterior y le voló la cabeza.

Luego, de rodillas en el suelo, volvió su revólver contra los hombres que estaban al otro lado.

Ahora eran tres. Acababa de entrar por la puerta el otro pistolero de Teller. Todos vomitaron plomo hacia el lugar donde ahora se encontraba Ramsay.

Dos balas le rozaron la cabeza y una le alcanzó en la pierna.

Ramsay lanzó un grito de dolor, pero su salvaje deseo de matar le dio fuerzas para no caer de bruces y para mantener aún su revólver en línea de tiro. Apretó el gatillo dos veces.

Los dos hombres que acompañaban a Teller no volverían a disparar nunca más.

Al primero, la bala le atravesó el corazón, y al segundo, le perforó el hueso frontal exactamente por el centro. Ambos cayeron hacia atrás, haciendo una extraña pirueta, y cuando tocaron las tablas estaban ya muertos.

El *sheriff* contemplaba asombrado, sin atreverse a intervenir, aquel fantástico desafío. El grupo de hombres y mujeres que estaba al fondo del saloon había contenido la respiración.

Teller vio que estaba solo y comprendió con horror que no podría hacer nada frente a aquella especie de diablo.

Saltó hacia la puerta, mientras disparaba al azar, sólo para cubrirse con una cortina de balas.

Ramsay, desde el suelo, disparó otra vez, pero sólo consiguió hacer oscilar aún más los batientes cuando éstos iban de un lado para otro a causa del impulso que les había dado el cuerpo del fugitivo.

El *sheriff* farfulló, mirando a Ramsay:

—Ahora esto es un duelo legal, amigo. Haga… lo que le dé la

gana.

Ramsay se puso en pie e intentó llegar hasta la puerta, pero su pierna herida falló y cayó de bruces sobre las tablas.

Oyó el trote de un corcel en la calle. Teller huía.

Y él no podía dejarle huir. ¡No podía! ¡Necesitaba matarle, aunque fuera la última cosa que hiciese en este mundo!

Arrastrándose sobre las manos, llegó hasta la puerta y empujó los batientes con la cabeza. Vio que Teller había montado sobre un caballo y galopaba rabiosamente hacia un extremo de la calle, levantando una nube de polvo.

Ramsay, apretando los dientes, poniendo toda su voluntad y toda su sabiduría en aquel disparo, apuntó y oprimió el gatillo.

La bala debió rozar la cabeza de Teller, porque se le vio tambalearse sobre la silla, pero no llegó a caer. Por el contrario, su galope se hizo más rabioso.

Frenéticamente, no sabiendo ya lo que hacía, Ramsay apretó el gatillo otra vez, pero no le quedaban más balas.

Vio entonces el caballo de un vaquero amarrado a la valla. Comprendió que no podría saltar sobre él con la suficiente rapidez, y que además no podría espolearlo, porque tenía la pierna rígida. Era inútil, pues, tratar de perseguir a Teller, que había elegido un buen caballo. Pero en la silla del que estaba amarrado vio Ramsay algo que le llamó la atención: un lazo. Todos los vaqueros lo llevaban para enlazar reses y él lo emplearía para enlazar a un coyote.

Poniéndose en pie y avanzando a saltos, descolgó el lazo y lo sujetó bien para el lanzamiento. Entonces se apoyó únicamente en la pierna sana. No podría dar bien el impulso, pero tenía que intentarlo.

Todos los que estaban en el saloon, incluso el *sheriff*, habían salido. Contemplaron atónitos el lanzamiento de Ramsay como si fuera un espectáculo de circo.

Teller, a galope, iba ya a doblar una esquina. Ramsay contuvo la respiración y lanzó.

Se oyó silbar la cuerda.

Todos habían contenido el aliento y miraban atónitos la figura cada vez más lejana de Teller.

De pronto se oyó un alarido, que pronto fue seguido de un

aullido de entusiasmo.

¡Teller había sido cazado por el lazo! ¡Estaba preso dentro del círculo mortal de la cuerda!

Cayó del caballo, revolviéndose en el polvo. Pero la cuerda aún estaba relativamente floja y pudo empujarla hacia arriba. Ramsay no tiró, limitándose a observarle.

El mexicano de la guitarra farfulló:

—¡Cuidado! Pero ¿es que va a dejarle escapar?

No, Ramsay no pensaba dejarle escapar. Apretó la cuerda justamente cuando ésta pasaba por el cuello del pistolero. Teller lanzó un rugido al sentir el cáñamo ciñéndole la garganta.

Ramsay musitó:

—Tenía que llegar, asesino.

Pasó el otro extremo de la cuerda por encima de una viga de madera labrada que adornaba el porche junto a la entrada del saloon, y empezó a tirar lentamente. Todos se dieron cuenta de que estaba ahorcando a Teller, pero guardaron un terrible silencio.

El mexicano empezó a rasguear su guitarra, arrancándole las notas de su canción fúnebre.

Teller se revolvió, gimió, pataleó, pero no pudo arrancarse el dogal fatídico que lo estrangulaba poco a poco. Mientras tanto, la guitarra iba sonando. Fue la ejecución más extraña, más movida y más cruel que se había registrado en toda la historia de aquel condado.

Cuando los pies de Teller dejaron de tocar el polvo de la calle, al ser alzado por la soga, estaba ya muerto.

Ramsay ató el extremo libre al amarradero de los caballos y dejó el cuerpo de Teller colgado ante la entrada del saloon.

Luego se sujetó, con un gesto de dolor, la pierna herida, mientras miraba al *sheriff*.

—¿Va a exigirme responsabilidades, polizonte?

El *sheriff* se pasó una mano por la mandíbula. Estaba sudando.

—Por haber liquidado a Teller y a sus hombres, no —dijo.

—¿Y por lo del encargado del hotel?

—Por eso debería ahorcarle. Pero teniendo en cuenta que ha limpiado en parte la ciudad, voy a darle una oportunidad, verdugo. ¿Dónde tiene su penco?

—En la cuadra del hotel.

—Llléveselo y salga de la ciudad. Si dentro de media hora está aquí, dispararé contra usted, Ramsay, lo juro. Y si yo no puedo hacerlo lo harán mis ayudantes; dispararán con rifles y a traición si hace falta.

Ramsay sonrió con una mueca crispada.

—Acepto la oportunidad, *sheriff* —dijo.

Fue tambaleándose a la cuadra del hotel, sacó su caballo y montó en él penosamente.

CAPÍTULO XII

El hombre llegó al galope al rancho, y se dejó caer del caballo cuando estaba ante el edificio principal. Jadeaba pesadamente, pero en sus ojos brillaba la excitación. Llevaba una bolsa de cuero en la mano derecha.

Lorena vio a su padre que hablaba con él, y descendió presurosamente de su habitación, presintiendo que ocurría algo.

Su padre preguntaba cuando ella llegó:

—¿Estás seguro?

—Completamente. Esta bolsa es la prueba.

—¿Pero de qué clase de prueba hablas? ¿Sabes que hay que estar muy seguro en una situación así?

—Esta bolsa pertenece a uno de esos malditos pistoleros. A uno de esos cerdos que todo el mundo llama «los Tres».

—¿Cómo lo sabes?

—Un comerciante de Nueva Laramie la vendió al pagador del Banco asesinado hace poco.

—¿Y quién la tenía?

Lorena, anhelante, asistía a aquel diálogo, presintiendo que cada una de aquellas palabras podía ser decisiva para su destino.

—¿Quién la tenía? —repitió su padre.

—El que lo sabe viene detrás de mí. Su caballo se ha roto una pata y él ha tenido que cambiar de montura. Tardará unos diez minutos, pero yo he querido adelantarme para darle la noticia.

—¿Y por qué no se lo has explicado al *sheriff*?

—¿Aquel pelele? Todavía está asustado, después de que Nick Ramsay le perforó la mano. Aquí el único *sheriff* que he conocido es usted.

El padre de Lorena sonrió orgulloso ante aquellas palabras.

—Muy bien. Voy a hacer que me preparen un caballo para salir en busca de ese hombre. Tú quedas mientras tanto bajo la protección de mi casa. ¡Kurt! —llamó a enormes gritos—. ¡Kuuurt!

—No hace falta que brame tanto. Estoy aquí.

Efectivamente, Kurt se encontraba junto a Lorena y también lo había oído todo, aunque ella no se había dado cuenta.

—Me respondes con tu piel de la piel de este hombre —masculló el viejo *sheriff*—. Yo voy al encuentro de un testigo que aclarará de una maldita vez el misterio de esos pistoleros. Si a este hombre le ocurre algo… te pateo la cabeza, Kurt.

—¿Qué le va a ocurrir?

—No sé… Esos granujas parecen estar en todas partes.

—Yo respondo, patrón.

El viejo *sheriff* lanzó otro gruñido y se alejó hacia las cuadras.

CAPÍTULO XIII

La muchacha regresó a su habitación caminando pesadamente, como si hubiese envejecido.

Estaba asustada, y sin embargo, una gran excitación se había adueñado de ella. ¡Por fin iba a saber quiénes eran aquellos misteriosos asaltantes! ¡Por fin iba a saber quiénes pagaron a Teller y sus hombres para que mataran a la sirvienta en el hotel de Nueva Laramie!

Porque Lorena no dudaba de que a Teller y sus hombres les había pagado alguien por hacer aquello. No conocían a la sirvienta y no tenían por qué matarla. Además a ella, a Lorena, le habían respetado la vida, porque nada sabía sobre «los Tres». En cambio la sirvienta sí que sabía algo, sí que iba a revelar algún secreto. ¡Y aquel secreto le costó ser estrangulada de la forma más cobarde!

¡Pero ahora todo iba a resolverse! ¡Ahora sabría al fin, quiénes eran aquellos miserables asesinos!

Vio, desde la ventana, cómo su padre salía al galope. A pesar de su edad, el antiguo *sheriff* aún montaba como un vaquero recién contratado. Él encontraría en la llanura el testigo cuya llegada le habían anunciado, y cuando ambos llegasen al rancho ya sabría el nombre de los culpables.

Lorena nunca había albergado odio, pero esta vez sentía deseos de asistir a la ejecución de los tres miserables. Supo que no temblaría cuando los viera balancearse al extremo de la cuerda.

En aquel momento la puerta de su habitación se abrió.

Una mujer a la que no había visto nunca penetró tímidamente. Era muy joven, pues no debía haber cumplido aún los veinte años. Vestía con sencillez, y Lorena adivinó en seguida que era la sirvienta con la que su padre sustituía a la que fue asesinada.

Instintivamente tuvo miedo por ella, porque era demasiado joven para que le ocurriese algo horrible, como a la otra.

—¿Quién eres? —susurró.

—Su padre me envía. Quiere que sea su nueva camarera… si usted me acepta.

Lorena dijo con un soplo de voz:

—No te acepto.

—¿Por qué no, señorita Lorena?

—Sabes lo que ocurrió a la otra mujer. No… No quiero que a ti te suceda lo mismo. ¿De dónde eres?

—De aquí cerca. De Nueva Laramie.

—¿Tienes padres?

—Mi padre es un pastor metodista, pero está fuera. Por eso creí que encontraría una especie de refugio en esta casa.

Lorena se mordió el labio inferior.

—Bueno…, si es así, no quiero ser obstáculo para que te quedes aquí. Pero prométeme que, ocurra lo que ocurra, no te enterarás de nada ni hablarás con nadie. ¿Has comprendido? ¡Con nadie! No quiero que a ti te conviertan también en una víctima.

La muchacha asintió silenciosamente. Sin duda estaba enterada ya de lo que ocurrió en Nueva Laramie, así como del terrible escarmiento hecho por Nick Ramsay. Como prueba de su conformidad, pidió permiso para arreglar el armario de la muchacha.

Ésta preguntó:

—¿Naciste en Nueva Laramie?

—Sí, señorita.

—Entonces quizá te acuerdes… A mí se me han borrado los recuerdos, en doce años. ¿No había por aquí una capilla católica?

—Sí, a siete millas.

—Creo recordar que desde la ventana la veía entonces, y en cambio ahora…

—Es que la tapa la esquina de aquel nuevo edificio que antes no existía —la joven sirvienta señaló sobre los cristales—. Pero está a esa distancia y es muy bonita, aunque ahora ha quedado apartada de los caminos y ya no la visita casi nadie.

—Muy pronto iré a visitarla yo… De niña mi madre me llevaba a mí a rezar… aunque casi no puedo recordar nada. —De pronto se

llevó una mano a los ojos—. ¡Dios mío! ¡Cómo han cambiado las cosas!

—¿Lo dice por la separación de sus padres?

—Sí. Entonces eran un matrimonio feliz… He intentado acostumbrarme a la idea de su separación, pero a veces, cuando pienso fríamente en ello, tengo la sensación de que voy a volverme loca… No lo comprendo, no puedo entenderlo de ningún modo. Mi padre es un hombre de carácter duro, aunque muy honrado. Mi madre es una mujer comprensiva y honesta. Tuvieron un disgusto muy serio, de todos modos, y esta situación empezó… Creo recordar que fue porque mi madre no podía soportar que su marido fuese *sheriff* y estuviera día y noche jugándose la piel… Pero esto pudo haber durado seis meses, pudo haber durado un año… ¡Nunca doce! No comprendo los motivos de una separación tan larga, y más cuando ahora mi padre ya no es *sheriff*. Si yo creyese en cosas de brujería, diría que el diablo se ha apoderado de sus almas.

La joven sirvienta se mordió el labio inferior.

Pareció dudar unos instantes si debía hablar o no, y al fin dijo:

—Yo he vivido siempre en Nueva Laramie, y conozco esa historia. Si me permite decirlo, pienso que la que mantiene esa situación absurda es su madre de usted.

—Sin embargo, ante mí habló como una persona muy comprensiva. ¿Por qué dices eso?

—Sé que su padre intentó ir un par de veces al rancho donde ella vive ahora, y se negó a recibirle. Entonces, como su padre es muy orgulloso, la situación se hizo más difícil aún. Ella no ve tampoco a nadie de la comarca, excepto a Kurt, un primo de ustedes, y a su hijo Jim. Por cierto, su madre se conserva maravillosamente joven para tener un hijo como Jim.

—Cuando lo tuvo, ella era casi una niña. Y he oído decir que ella amaba mucho a mi padre entonces, que lo adoraba. ¿Cómo pueden cambiar las cosas tanto en unos años?

La muchacha musitó:

—Yo tampoco lo comprendo, señorita. Soy para eso demasiado joven.

—Sí, pero hay cosas que los jóvenes deberíamos entender mejor —susurró Lorena—, como son el cariño y la comprensión en un matrimonio. Sin embargo, no llego a penetrar en los motivos que

pueden distanciar a mi madre de mi padre. En fin, procuraré que él haga otro intento para acercarse a ella. Cuando capture a esos tres desalmados se sentirá de buen humor y quizá todo pueda arreglarse.

—¿Es que va a poder capturarlos?

—Tiene un testigo que sabe quiénes son, o al menos quién es uno de ellos. Y va a su encuentro precisamente ahora. Quizá en estos momentos mi padre y él se han encontrado ya.

En efecto, en aquellos momentos el antiguo *sheriff* del condado había llegado a divisar al hombre que iba a desvelarle el misterio.

Desde lejos lo reconoció. Era Winky, el tipo más metomentodo que había en aquella zona del Oeste. No era extraño que Winky precisamente supiera lo que los demás no sabían.

Años antes, en Denver, llegó a fundar un periódico, pero fue expulsado de la ciudad por descubrir intimidades peligrosas de la política local. En Seattle, mucho más al Oeste, le ocurrió lo mismo. Desde entonces vivía humildemente en Nueva Laramie, sin meterse aparentemente con nadie. Pero ahora, por lo visto, había descubierto algo, y el antiguo *sheriff* estaba dispuesto a recompensarle como fuese, si su información era útil.

Al llegar a su altura, detuvo el caballo.

Winky llegaba tan jadeante como su penco, el cual era viejo y no daba para más. Alzó la mano.

—Hola, *sheriff*.

—Sabes de sobra que ya no lo soy.

—Usted será siempre nuestro *sheriff*. Por eso es sólo para usted la información que tengo.

—¿Qué clase de información?

—Pues verá, es algo largo de contar. Yo sé que…

No llegó a decir una palabra más.

Bruscamente retumbó un estampido de rifle, hacia el sur, y Winky lanzó un alarido mientras se llevaba ambas manos a la cabeza. Con los ojos desorbitados por el asombro, el antiguo *sheriff* vio que el sombrero de Winky saltaba por los aires, mientras su cabeza era cubierta en seguida por una extensa mancha de sangre. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que realmente sucedía, Winky ya había caído a tierra.

No podía caber la menor duda acerca de su muerte. La bala era

de calibre pesado y le había alcanzado bien, en el centro de la cabeza.

Con un retraso que en otras circunstancias le hubiera costado cien veces la vida, el antiguo *sheriff* comprendió que él también estaba en peligro y se arrojó a tierra.

La bala del rifle volvió a retumbar, pero inofensiva y demasiado alta. Luego se oyó el galopar de un caballo detrás de la pequeña loma que tenía a la izquierda, y que cortaba la visibilidad de la llanura por aquel lado.

El padre de Lorena corrió, sin preocuparse de montar a caballo, e intentó distinguir al fugitivo apenas se quitó la loma de delante de sus ojos. Pero ya no era ágil y había tardado unos preciosos minutos en llegar hasta allí. El fugitivo se había transformado ya en un puntito que huía hacia el horizonte, haciéndose más pequeño cada vez, y en el cual no se distinguía ya ningún rasgo característico. También era demasiado tarde para intentar perseguirle, pues el asesino le llevaba una milla de ventaja, sin contar lo que él tardaría para volver junto a su caballo y montarlo.

El viejo *sheriff* lanzó una maldición que afortunadamente no oyó ningún miembro de su familia.

Luego volvió junto al cadáver y lo sacudió, haciendo gestos de rabia, como si el pobre Winky tuviera además culpa de estar muerto.

Cuando se convenció de que nada podía hacer por él, lo cargó en la grupa de su caballo y lo ató a la silla para que no resbalase. Luego se detuvo un momento a considerar si alguien podía sospechar que lo había liquidado él. En apariencia semejante pensamiento era absurdo, pero toda la comarca parecía haberse vuelto loca, y había que tener en cuenta tal posibilidad. Al fin el antiguo *sheriff* se tranquilizó. Cualquiera podía ver que a aquel hombre lo había apiolado un rifle, y él no llevaba ninguno en la silla, aparte de que todos en el rancho habían visto que tampoco lo llevaba al salir.

—Menos mal que Thomas quizá sepa algo —gruñó, mientras emprendía el regreso—. A ése sí que lo voy a moler a preguntas.

Thomas era el tipo que había llegado al rancho con la bolsa, anunciando la proximidad de Winky.

—Afortunadamente Thomas está vivo y bien protegido. Ése sí

que podrá contestar.

* * *

Pero el antiguo *sheriff* se hubiera llevado un buen desengaño, caso de ver lo que en aquellos momentos ocurría en su rancho.

Kurt, el hombre a quien él encargó que protegiera a Thomas, acababa de salir de las cuadras donde ambos se dirigieron antes, con las facciones desencajadas y gritando:

—¡Thomas acaba de morir! ¡Cielos, es horrible! ¡Thomas acaba de morir!

Inmediatamente dos vaqueros saltaron hacia él.

—¿Pero dónde está?

—¡No hemos oído ningún disparo!

—¡Tú bromeas!

—¡No bromeo! ¡Es cierto! ¡Thomas acaba de morir!

CAPÍTULO XIV

Los dos vaqueros que habían acudido en primer lugar al oír sus gritos penetraron violentamente en la cuadra, en compañía de Kurt. Vieron que ya había alguien más allí, junto a un hombre caído, tomándole el pulso. Aquel alguien era Jim, el hijo del patrón.

La expresión de Jim era grave. Su rostro se había vuelto de un raro color terroso.

Levantó los ojos al ver a los recién venidos, y explicó con un leve soplo de voz:

—Está muerto.

—¿Pero cómo? ¿Muerto?

—¡No hemos oído ni un tiro!

—¡Ni rumores de lucha!

—Es que este hombre no ha muerto violentamente —dijo Jim con voz grave—. Ha muerto por causas naturales. Acaba de sufrir un ataque.

—¿Un… ataque?

—¿De qué?

—¡Y yo qué sé! ¿Pensáis acaso que soy médico?

Los dos recién llegados, y el mismo Kurt, se miraron perplejos. En efecto, parecía como si a aquel tipo, a Thomas, lo hubiese abatido un rayo. No se había oído ningún disparo, no se registraban señales de violencia, y por otra parte tampoco se veía una sola gota de sangre.

—Pero… ¡si estaba fuerte como una bestia!

—Ha debido fallarle el corazón —dijo Jim—. De otro modo no se explica. ¿Qué fue lo que hizo, Kurt?

—Pues… casi nada. ¡Si apenas me di cuenta! De pronto lanzó un grito, se llevó las manos al pecho y cayó. ¡He tardado casi cinco

minutos en convencerme de que estaba muerto!

Todos se miraron asombrados, y en aquel momento oyeron una voz metálica que dijo desde la puerta:

—Quiero ver a ese hombre.

Los que estaban en la cuadra giraron casi como un solo cuerpo. El tipo a quien vieron les resultaba conocido, aun cuando no hubiese estado jamás en el rancho. Pero es que todo el mundo conocía a Nick Ramsay después de lo sucedido en Nueva Laramie pocas fechas antes.

Nick cojeaba a causa de su reciente herida en una pierna, pero sus ojos grises y sus facciones talladas en piedra indicaban que pese a ese defecto, se llevaría por delante a cualquiera que tratase de cortarle el paso.

—Quiero ver a ese hombre —repitió.

—¿Para qué?

—No comprendo de qué ha muerto.

—Nadie lo comprende. ¿Y qué?

—Yo he de averiguarlo.

—¿Con qué razón?

Fue Jim el que se encaró con él, apoyando los dos pulgares en el borde de su cinto canana.

—¿Por qué razón, forastero? Porque usted es un forastero aquí, Ramsay, y yo soy el heredero de este rancho.

—¿No le interesa saber de qué ha muerto Thomas?

—Sí, claro. ¿A quién no? Pero me pregunto si es usted el que tiene derecho a hacer esa pregunta.

Nick, por toda respuesta, extrajo de uno de los bolsillos superiores de su camisa una placa metálica, que hizo palmear dos veces ante los ojos inquisitivos de Jim.

—Quizá sea ya hora de que las cosas se sepan aquí con claridad —musitó—. ¿Conoce usted esto?

—Sí. He visto algunas otras a lo largo de mis viajes. Se trata de una placa de agente federal.

—Justo.

—¿Y qué piensa hacer con ella? ¿Comérsela?

—Depende, aunque a lo mejor invito a alguien a zampársela conmigo. El caso es que estoy aquí para una misión muy concreta y quiero examinar el cuerpo de ese hombre. ¿Satisfecho, Jim?

Jim se encogió de hombros.

—Allá usted. Si le gusta manosear muertos, buen provecho.

Nick se arrodilló ante el cadáver, en medio de un espantoso silencio. Durante largos minutos lo estuvo examinando, tanteándole la piel incluso por debajo de las ropas. También pasó los dedos por entre sus cabellos, pero al parecer sin resultado alguno, porque una expresión de desaliento se iba dibujando en sus facciones conforme transcurrían los minutos.

Jim gruñó:

—¿Puede saberse lo que busca?

—Este hombre tiene que haber muerto de alguna forma.

—¡Todo el mundo muere de alguna forma, concho! ¿Pero es que uno no puede diñarla por causas naturales en esta maldita tierra?

—Este hombre no.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba sano al venir hacia el rancho. No puedo creer fácilmente que haya sufrido un ataque al corazón.

—Bueno, también puede haber sido el cerebro. O puede haber tenido un ataque en el dedo gordo del pie —masculló Jim.

—Puede. No digo que no. Cierta vez, en Oklahoma, conocí a un tipo que la diñó a causa de un callo.

—¿Se le infectó?

—No. Le dispararon una bala, el callo la desvió y el proyectil le atravesó la femoral. Toda una carambola.

Kurt, que miraba atentamente al joven, susurró:

—Yo le diré lo que busca.

—Seguro. ¿Qué busco?

—Una aguja envenenada. Usted piensa que a este tipo lo he apiolado yo con algún veneno chino.

—Confieso que también había pensado eso, pero la aguja habría dejado alguna huella, por pequeña que fuese. Y no me parece que este hombre tenga señal alguna.

—¡Pues entonces lárguese!

Mientras tenía lugar este diálogo, dos personas más habían entrado en las cuadras. Una de ellas era Lorena. La otra era su padre.

Inútil es decir que la cara del antiguo *sheriff* estaba más amarilla que la del muerto.

—¿Pero qué infiernos es esto? —empezó a bramar.

Jim le miró. En sus ojos brillaba una chispita burlona.

—Un federal investiga, papá.

—¿Un federal?

Jim señaló con el mentón a Nick Ramsay.

—Ahí lo tienes. Por lo visto, somos una cuadrilla de sospechosos, papá.

El viejo *sheriff* lanzó un par de gruñidos y se enfrentó a Nick, pareciendo como si lo olisqueara.

—De modo que usted fue el que se cargó a unos cuantos tipos en Nueva Laramie, ¿eh?

—Sí, señor.

—Y fue el que les hizo dedicar una cancioncilla mientras tanto, ¿eh?

—Sí, señor.

—Y el que se ha convertido en una especie de peligro público, ¿eh?

—Sí, señor.

El antiguo *sheriff* respiró profundamente, inflamando el pecho. Y de pronto gritó:

—¡Pues chóquela, amigo!

Los dos hombres se estrecharon las manos. Todos los demás se miraron atónitos. De pronto se oyó un extraño gemido.

Los rostros giraron hacia Lorena. La muchacha estaba llorando. Había apoyado la cabeza en una de las paredes, y su pecho era sacudido espasmódicamente por sus sollozos silenciosos y quietos.

Su padre gruñó:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te asusta un muerto? Yo también traigo uno a la grupa de mi caballo, y como si tal cosa. ¿Es que no sabes que todos hemos de quedarnos tiesos algún día?

—No es eso lo que me abruma. —Los ojos de la muchacha, cuando los alzó, estaban anegados en lágrimas—. No es eso lo que me desmoraliza, sino el que hayáis hecho de la muerte la cosa más habitual. ¡En esta condenada llanura, que podía estar llena de vida, sólo se respira muerte! ¡Es la llanura más perdida y triste que he visto jamás! ¡No quiero vivir aquí! ¡No quiero!

El viejo *sheriff* se pasó la mano por los cabellos aún llenos de vigor, como si no la entendiese.

—Bueno, chica, tú sabrás lo que quieres decir…

Nick Ramsay se había puesto en pie. Sus ojos miraban a Lorena con una expresión quieta, profunda, casi dulce, que no parecía habitual en ellos. Eran los ojos de un hombre que comprende y que desearía llevar a los otros su ayuda. Con la mano izquierda acarició durante unos segundos los cabellos de la muchacha, pero no se atrevió a más.

Todos le miraban silenciosamente, indecisos, sin saber qué hacer.

Al fin Nick susurró:

—Vete cuanto antes, muchacha. Vete cuanto antes de esta llanura muerta.

Dirigió una última mirada al cadáver y salió de allí.

Todos se quedaron extrañados, sin saber qué era lo que pensaba Nick. Eso debía ser lo terrible de aquel agente federal. Nunca se sabía lo que pensaba, nunca se sabía qué iba a hacer ni hacia dónde giraría sus mortales revólveres.

* * *

Todo estaba en silencio.

La noche envolvía el rancho que en otro tiempo fue alegre, que estuvo lleno de luz y de vida, y que ahora era como un inmenso panteón rodeado por la llanura que parecía devorarlo.

Lorena dio dos vueltas más sobre el lecho.

No podía dormir; tenía la sensación de que no iba a poder dormir más en el resto de sus días. No se había desnudado siquiera, y la frente le ardía de tanto pensar y pensar.

Por fin se levantó.

No podía más con aquella duda; era superior a sus fuerzas.

Silenciosamente, dominando los fuertes latidos de su corazón, descendió a la planta baja y penetró en las cuadras. Todo era silencio en torno suyo; allí imperaba una quietud mortal. Lorena tuvo que ahogar un gemido al penetrar en las cuadras y ver el cadáver que yacía bajo una luz de petróleo.

El corazón le hacía verdadero daño dentro del pecho. Parecía ir a saltar. Una fría sensación de horror la dominaba, pero a pesar de eso fue ella más fuerte y siguió avanzando.

No habían movido el cuerpo de Thomas de allí para no

aumentar más la alarma en el rancho. Estaba ahora tendido sobre dos largas banquetas unidas, y con las manos cruzadas sobre el pecho. Tenía el aspecto del muerto que va a ser sepultado dentro de poco. Lorena había oído decir que le darían tierra a primera hora de la mañana siguiente.

Guiada por un impulso que no acertaba a explicarse se acercó más, mirando atentamente al muerto. ¿Qué era lo que Nick había buscado en él? ¿Por qué un federal lo había estado examinando de aquella manera?

El miedo hacía temblar las mandíbulas de Lorena, que sin embargo, no acertaba a moverse de allí, como si la presencia del cadáver la hipnotizase.

Tan obsesionada estaba que no se dio cuenta de que había una extensa mancha de grasa en el suelo de piedra. Resbaló, y ahogando un chillido pudo sujetarse a un borde de la mesa.

Fue aquella casualidad lo que lo decidió todo.

Aquella simple y estúpida casualidad.

Al quedar al nivel de la cabeza del muerto, la muchacha vio la pequeña mota de algodón en el interior de una de las orejas del muerto.

Una insignificante mota de algodón.

Las cejas de Lorena se arquearon, y con dedos trémulos, venciendo su miedo, extrajo aquel pedacito de algodón del oído del muerto.

Debajo estaba la explicación de todo.

El clavo.

Entre dos hombres debían haber sujetado a Thomas, mientras otro clavaba aquella punta de metal de un seco golpe en el fondo de su oído interno, matándolo instantáneamente y sin derramar una sola gota de sangre.

Ahora, bruscamente, Lorena lo comprendió todo. Comprendió en qué había consistido el «ataque al corazón» de Thomas.

Habían hecho falta dos o tres hombres para realizar aquello. Al menos dos…

Pálida de horror, temblorosa, la muchacha se puso en pie.

Su excitación era tanta que sentía que se ahogaba.

Y fue justamente en aquel momento cuando la voz murmuró desde la puerta:

—¿Dispuesta tú también a morir, Lorena?

* * *

Lorena alzó la cabeza. Sus ojos temblaron al ver al hombre que la encañonaba desde la puerta.

—No… —balbució.

No podía creerlo. No podía creer que fuese cierta semejante iniquidad, semejante horror. ¡Creía estar viviendo un maldito sueño!

Jim avanzó lentamente hacia ella.

Una leve sonrisa distendía sus labios de joven distinguido y un poco hastiado de todo. Sus ojos brillaban de un modo extraño, entre indiferente y cruel.

—¡No…, no es posible! —Fue lo que ella acertó a balbucir.

—¿Por qué no es posible, pequeña?

La llamaba «pequeña» de un modo lejano e impersonal, como si ella no fuese más que un pobre animalillo.

—Tú tienes de todo. No necesitas robar.

—¿Tengo de todo? ¿Qué tengo yo, pequeña? ¿Un rancho que un día heredaré? ¿Y crees que voy a dejarme la piel en esta llanura donde la única mujer bonita resulta que es mi propia hermana? ¿Qué me da mi padre? ¡Unas cuantas monedas para que beba cada sábado un vaso de *whisky* en la cantina de Nueva Laramie! ¡Crees que con eso ya he de sentirme satisfecho! —Lanzó una carcajada ronca, mientras el revólver temblaba en sus manos—. ¡Eso sí, discursos me regala muchos! Hay que servir a la Ley, hay que vivir para la Ley y para la futura grandeza de esta tierra. ¡A mí qué me importa! ¡Cuando yo haya muerto la gente puede escupir sobre mi tumba, pero mientras tanto quiero vivir, y vivir como un señor! ¡Por eso he decidido reunir lo suficiente e irme a Nueva York antes de seis meses!

La muchacha tragó saliva espasmódicamente.

Le costaba creer aquello, y tenía la sensación, incluso, de que aquellas palabras no las había pronunciado su hermano Jim. Hubo de hacer un esfuerzo horrible para preguntar:

—¿Cuándo empezasteis?

—Hace dos años.

—¿Quiénes… quiénes sois?

Como una muda respuesta a sus palabras, la puerta se abrió de nuevo. Kurt apareció en el umbral, acompañado de un tipo más bajito, sinuoso, achulado, a quien ella no conocía, pero que inmediatamente le recordó a aquel que en la diligencia la había hecho rodar por tierra.

Lorena sintió que el asombro le impedía respirar. Estaba tan anonadada que hasta le costaba sostenerse sobre sus propias piernas.

—Nosotros formamos el grupo —musitó Kurt—. ¿Sorprendida?

—¿Y los del pistolero Teller? ¿Quiénes eran ésos?

—Los contratamos para que liquidaran a aquella estúpida sirvienta. Ella había descubierto nuestro secreto, y estaba dispuesta a contárselo a todo el mundo. Fue un acto necesario.

—Vosotros decís que son necesarios… los más infames asesinatos. Hasta estuvisteis a punto de matarme a mí… en la diligencia.

—Tal vez hubiésemos tenido que hacerlo, caso de reconocernos. Pero no había peligro de eso, después de doce años.

—Y matasteis a este hombre y… y…

—Yo maté con un rifle al que iba a hablar con papá —reconoció Jim, sin dar importancia a la cosa—. Por poco no llego a tiempo. También cortamos la lengua a aquel tipo que estaba siendo ahorcado el día que tú llegaste —se anticipó al gesto de horror de Lorena con un ademán suave—. No, no te estremezcas; era un canalla peor que nosotros. Formaba parte de nuestro grupo, y lo atrapamos cuando se largaba con parte del botín. La sentencia condenándole a la horca fue relativamente justa.

Y Jim lanzó una carcajada mientras Lorena se apoyaba en una pared, desfallecida, sin fuerzas ni para respirar.

—Ahora hemos llegado a la última etapa —suspiró Jim con indiferencia, como el que da carpetazo a un asunto—. Tenemos mucho dinero y no estamos dispuestos a perderlo por una mocosa entrometida. De modo que disponte a salir a caballo con nosotros. Sufrirás un accidente… sin dolor.

Lorena alzó los ojos.

Miró a los tres hombres, vio sus ojos fríos, sus facciones inescrutables, y supo leer en ellas su propia sentencia de muerte.

En otras circunstancias, ella habría luchado.

Habría peleado por su existencia como pelea una persona joven, llena de vida, que aspira a seguir palpitando sobre la tierra.

Pero en esta ocasión su propio horror la había vencido. Una intensa náusea subía hasta su boca desde el fondo de sí misma. Todos sus deseos de vivir se habían anulado, habían dejado de ser.

No le importaba que la matasen, después de lo que había oído.

—Vamos —susurró—. Cuando queráis.

Jim emitió una risita.

—Bueno, no podemos negar que da facilidades…

La tomaron uno por cada brazo. Kurt quedaba libre y tenía la mano sobre el revólver, como si le hubiera sacudido un presentimiento. Un sexto sentido parecía haberle avisado que en aquel instante justo se abriría la puerta.

Y en efecto, la puerta se abrió. ¡Se abrió en aquel momento!

Los tres hombres tiraron de sus armas, soltando a la muchacha. La figura que acababan de ver recortarse en el umbral no era de las que tranquilizaban a uno, aunque Nick Ramsay, el aparecido, aún no tenía las manos sobre las culatas.

Durante unos segundos que a la muchacha le parecieron eternos, unos segundos durante los cuales su corazón no pareció ni latir, los hombres se miraron.

De pronto pareció desatarse un huracán, una enloquecedora tempestad de plomo.

Nick tiró de las armas una décima de segundo antes que sus enemigos, mientras se dejaba resbalar hacia el suelo por encima de la jamba de la puerta. Lorena no pudo contener un alarido al ver que la cabeza del pistolero más pequeño estallaba en dos pedazos y unas gotas de sangre saltaban bruscamente sobre su vestido. Kurt se llevó las manos al pecho, alcanzado en el corazón, y Jim contorsionó todo su cuerpo, mientras lanzaba un aullido, al recibir un plomo en mitad del estómago.

Nick guardó su revólver y avanzó lentamente. No se dio cuenta de que la muchacha, ciega de horror, se pegaba a la pared. No fue capaz de ver que ella huía hacia la puerta dominada por una idea fija.

—Yo también me había dado cuenta de las causas de la muerte de Thomas —susurró Nick—, pero quería darles cuerda y atraparles en su propia salsa. Lamento haber estado a… punto de llegar

tarde…

Lorena no le oía apenas.

Recordaría aquellas palabras más tarde, pero ahora estaba dominada, abrumada, aplastada por el dolor. Ahora sólo ansiaba echarse en brazos de la única persona en el mundo que podría consolarla. ¡Su propia madre!

Salió sin que Nick se diera cuenta, porque éste estaba inclinado sobre los caídos, mirando a Jim.

—Tienes un balazo en el estómago, amigo… Pero más vale que no te muevas demasiado. Haré que te curen. Puede que aún estés a tiempo de…

De pronto se dio cuenta de que Lorena no estaba, de que había desaparecido. Una sombra negra pasó por sus ojos.

Adivinó lo que había ocurrido.

—¡Dios mío! —farfulló, mientras saltaba en dirección a la puerta.

* * *

Lorena galopaba como una loca, dejando sueltas las riendas del caballo, mientras las sombras de la noche la envolvían como un sudario negro.

En su corazón se desataba la tempestad más horrible que había conocido en todos los días de su vida. En su alma rugía un dolor que no sabía explicar, que no tenía nombre.

Cuando vio las luces del rancho, todo aquello pareció calmarse.

Allí estaba su madre, y las palabras de una madre son el único bálsamo para las heridas de una hija.

Descendió del caballo atropelladamente, mientras pugnaba por contener un sollozo.

Golpeó la puerta frenéticamente, con los dos puños, mientras llamaba con voz ronca:

—¡Mamá! ¡Mamá!

No había llamado a su madre desde hacía muchos años, desde que era una niña. Aquel grito no había partido de su garganta desde un lejano tiempo que ya no volvería más.

Y en aquel momento la voz fría, metálica, dijo a sus espaldas:

—¿Cómo lo prefieres? ¿Un balazo entre los ojos o un tiro en la nuca, querida?

CAPÍTULO XV

Hay cosas que el corazón de una mujer, aunque sea joven y esté sana, no puede resistir. Cuando Lorena dio la vuelta poco a poco, para enfrentarse a la dueña de aquella voz, su sangre se le había helado y ya no sentía ni un solo latido dentro de su pecho.

Minutos antes, en el rancho de su padre, no le hubiera importado morir. Pero ahora no era que no le importase. ¡Ahora lo deseaba!

Porque había reconocido la voz de la mujer que estaba tras ella. Y sabía que aquella mujer la había reconocido también.

No había, pues, error. ¡Su propia madre estaba dispuesta a matarla!

Vio los ojos fríos, metálicos, aquellos ojos impropios de la mujer que le había dado la vida.

Sacó fuerzas de flaqueza para susurrar:

—¿Por qué? ¿Por qué…?

—¿Y aún lo preguntas, estúpida, estúpida? ¿Sabes cuánto podremos sacar al venderlo?

—¿Venderlo? ¿Quiénes?

—No seas ingenua. Si has venido aquí con ese aspecto es porque ya lo sabes todo. ¡Pues lo venderemos esos tres hombres y yo! ¡Todos trabajamos juntos y todos nos iremos a Nueva York al mismo tiempo! ¡Todos! ¡A vivir de una vez!

La mujer se había exaltado. Lorena veía en sus ojos aquella luz febril, pero al mismo tiempo inhumana, que había visto en los ojos de Jim.

El revólver se alzó poco a poco.

—Reza, Lorena, reza…

La muchacha, mientras todo su cuerpo temblaba, sólo tuvo

fuerzas para balbucir:

—Te ruego que acabes pronto. Tira entre los ojos, mamá…

Y de pronto algo rojo, brillante, cegador, pareció estallar en el interior de su propio cráneo.

EPÍLOGO

La muchacha estaba rezando en la pequeña y olvidada capilla católica. Se sentía envuelta en una luz casi irreal, y todo parecía difuminado en torno suyo. No se daba cuenta de que eran sus propias lágrimas las que le impedían ver bien los objetos.

¿Cuántas horas llevaba allí? ¿Cuánto tiempo llevaba rezando, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas?

De pronto tuvo la sensación de que alguien se había situado junto a ella en la pequeña capilla. Borrosamente creyó distinguir la figura de Nick.

Pero no se movió.

Diríase que no estaba viva, que no respira siquiera.

Nick susurró:

—Tuve que pegarle un culatazo en el último segundo, Lorena. Iba a disparar.

—¿Está… grave?

—No. Vivirá, y creo que vivirá muchos años. Los suficientes para poder cumplir la condena que se le impondrá.

Lorena hundió la cabeza. Sentía que las lágrimas la ahogaban. Sentía que le iba a ser imposible resistir más.

Y de pronto la voz lenta y suave de Nick musitó:

—No era tu madre, Lorena.

—¿Có… cómo?

—No, no lo era. Yo ya sospechaba eso cuando me encargaron el asunto en Washington. Tu madre murió sola tras despedir a todos los sirvientes y abonarles hasta el último céntimo. Pidió a su hijo Jim que le facilitara una última entrevista con su marido, y Jim dijo que él se había negado. La hicieron morir con ese postrer dolor… Luego Jim acabó de enviar lejos a la poca gente que aún quedaba

allí, hizo enterrar el cadáver y pidió a una de sus amigas que viniese urgentemente. Esa amiga era la mujer que, cuanto tú viniste, se hizo pasar por tu madre. Claro, ¿qué otra cosa podía hacer? Aquello era un refugio excelente para «los Tres», y no había miedo de que nadie investigara… Tú tampoco significabas ningún peligro desde que ellos te quitaron a propósito el medallón con la imagen de la Virgen, en el asalto a la diligencia. Lo hicieron con esa intención.

A Lorena se le secaron hasta las lágrimas, tan asombrada estaba. Sólo pudo balbucir:

—¿Por qué?

Él le puso, sin palabras, el medallón en las manos.

—Jim lo tenía en uno de sus bolsillos. Mira la imagen de la Virgen, que coincide con la de esa imagen que tienes ahí enfrente. Es la patrona del lugar, ¿sabes? Y es también el vivo retrato del rostro de tu madre. Ella te la envió en sus últimos momentos temiendo lo que iba a ocurrir. Pensó que recordarías, y Jim no quiso exponerse a eso.

La muchacha volvió a hundir la cabeza.

Otra vez por las mejillas tersas corrían incontenibles sus lágrimas.

—¿Qué… qué ha sido de Jim, Nick?

—Murió.

—¿Muerto…?

—Lo siento. He hecho todo lo posible por salvarlo. Creo que… ¡Dios mío! ¿Qué podría decirte, Lorena? ¿Qué podría?

—No digas nada, Nick…

Salieron los dos. Sus manos se habían unido, pero no se dieron cuenta.

Ante ellos, ante la puerta de la capilla, se extendía la llanura inmensa, la llanura inacabable, la llanura sin fin.

—Sácame de aquí… —gimió Lorena—. Sácame de esta llanura muerta…

—Sí, Lorena.

Y los dos se miraron a los ojos, mientras una nueva luz parecía nacer en ellos.

Pero no se besaron.

FIN